



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA  
D E MEXICO

Escuela Nacional de Estudios Profesionales



**GRAMSCI Y EL CONCEPTO DE  
GUERRA DE POSICION**

**FALLA DE ORIGEN**

**T E S I S**

Que para obtener el Título de:

**LICENCIADO EN FILOSOFIA**

**P r e s e n t a n .**

**JESUS REYES PEREZ**

**JOAQUIN ALEJANDRO MARTINEZ MORALES**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES "ACATLAN"

TESIS DIRIGIDA POR:

DRA. ANA MA. RIVADEO FERNANDEZ

## INDICE

INTRODUCCION . . . . .	1
CAPITULO I . . . . .	17
PRACTICA POLITICA DE GRAMSCI . . . . .	17
A. Experiencia consejista . . . . .	17
B. Fundación del PCI . . . . .	41
C. Las Tesis de Lyon y la Cuestión Meridional . . . . .	50
CAPITULO II . . . . .	58
LA REVOLUCION EN ORIENTE Y OCCIDENTE . . . . .	58
A. Ampliación del Estado . . . . .	58
B. Guerra de movimiento y guerra de posición . . . . .	70
CAPITULO III . . . . .	74
FILOSOFIA, POLITICA Y CULTURA . . . . .	74
A. Intelectuales y frente cultural . . . . .	74
B. Filosofía de la praxis . . . . .	82
CAPITULO IV . . . . .	94
GUERRA DE POSICION . . . . .	94
A. Guerra de posición: una estrategia hegemónica . . . . .	94
B. Guerra de posición y América Latina . . . . .	108
CONCLUSIONES . . . . .	113
BIBLIOGRAFIA . . . . .	122

## INTRODUCCION

Las luchas obreras europeas en las dos primeras décadas de este siglo, más intensas entre finales de la Primera Guerra Mundial y 1920, fracasaron en el proyecto de construir un orden socialista. Excepto en Rusia, en todas partes el capitalismo reorganizó su dominación de clase.

No obstante, en 1920 afloró la más terrible de las crisis económicas en el continente europeo encendiendo nuevamente la lucha de clases.

La contrarrevolución emergió con una violencia y brutalidad inusitadas, anuló la democracia y todas las organizaciones autónomas de la clase obrera. Las dictaduras terroristas del fascismo fueron la respuesta a la amenaza de los movimientos de masas; era prioritario suprimir toda resistencia e independencia proletarias, en una coyuntura internacional de crecientes contradicciones interimperialistas.

El primer país víctima del fascismo fue Italia. En 1926 Mussolini disuelve toda oposición legal dentro de la nación (parlamento, partidos, etc.). En Alemania, Hitler asume el poder del Estado en 1933, y aniquila al movimiento obrero local. Un año después, el fascismo clerical de Austria lanza una ofensiva y decapita partidos y sindicatos obreros. Poco más tarde, Hungría cae en manos de una dictadura blanca. Por lo que respecta al sur, golpe militar en España, se inicia una guerra civil de tres años y vence el fascismo español apoyado por Italia, Alemania y Portugal.

A grandes trazos, este es el contexto histórico en el que se desenvuelve la teoría y práctica política de Antonio Gramsci.

Es también desde este plano que se ha visto en este pensador político al teórico de la derrota del movimiento obrero europeo, del fracaso de la revolución socialista en Occidente.

Y en cierta manera así es. Las reflexiones teóricas de Gramsci, iniciadas a finales de 1922 y continuadas en su reclusión carcelaria, se mueven en torno al análisis de las condiciones que favorecieron la victoria fascista. Esos análisis representan, al mismo tiempo, la búsqueda de una estrategia política que posibilite a la clase obrera modificar una relación de fuerzas desfavorable. De donde Gramsci avanza la guerra de posiciones, como una estrategia política de largo alcance. A su vez, la teorización de la guerra de posición se entrelaza con la emergencia de dos ejes teóricos: la ampliación de la noción tradicional de Estado y el principio teórico-práctico de la hegemonía.

Gramsci descubre que en los países capitalistas europeos el Estado se ha complejizado, no se reduce a su aspecto coercitivo y administrativo (burocracia civil y militar). El Estado en su funcionamiento incorpora al conjunto de organismos llamados privados (escuelas, medios de comunicación, fábricas, partidos, sindicatos) que suscitan y mantienen la dirección política y cultural de los grupos sociales dominantes sobre el conjunto de las clases subalternas.

En los países en que el Estado se ha complejizado, la sociedad política se articula orgánicamente a la sociedad civil.

En este tipo de Estado, las relaciones entre las masas y el Estado-gobierno no son directas, están mediadas por un sistema de trincheras y fortificaciones constituidas por una multiplicidad de prácticas y organizaciones estatales y privadas.

Esta ampliación del Estado implica que las formas de dominación modernas se caracterizan por una combinación de la fuerza y el consenso. En un Estado complejo la dominación burguesa es hegemónica porque no se reduce a la coerción, sino que incluye una dimensión política y cultural.

Es a partir de esta analítica de un Estado complejo que Gramsci avanza la propuesta revolucionaria de la guerra de posición.

La guerra de posición es una estrategia contrahegemónica de las clases subalternas. Implica una lucha de ruptura amplia desde el ámbito de la sociedad civil. Esta constituye el espacio a partir del cual el proletariado construye su propia hegemonía. La acción hegemónica de la clase obrera se entrelaza con dos problemáticas fundamentales: la producción de una voluntad nacional-popular y una reforma intelectual y moral, una nueva civilización.

Pero el proceso hegemónico del proletariado sólo se realiza plenamente con la construcción de un Estado alternativo. Sin la creación de un nuevo Estado, dice Gramsci, los grupos subalternos sólo serán una función discontinua y disgregada de la sociedad civil.

La unificación histórica del proletariado, en cuanto clase hegemónica, se verifica finalmente en el hecho estatal.

La fundación del Estado socialista se entrelaza con la emergencia de un nuevo bloque histórico, con la producción de la unidad orgánica entre estructura y superestructura, sociedad política y sociedad civil. El objetivo es liquidar la separación entre gobernantes y gobernados mediante un proceso de progresiva reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil. Este proceso representa el pasaje a la extinción del Estado y al surgimiento de la sociedad regulada.

En el desarrollo de la presente investigación nos hemos propuesto, en el primer capítulo, identificar el origen práctico y teórico de la noción de Estado ampliado en Gramsci. Al mismo tiempo, identificar los nexos existentes entre esta noción de Estado y la estrategia política de la hegemonía o guerra de posición.

La atmósfera cultural idealista, principalmente crociana, en la que se forma el joven Gramsci, le proporciona desde un principio una concepción de la revolución no reductible a lo meramente económico. Para Gramsci la revolución socialista no consiste solamente en el cambio de un modo de producción a otro. La revolución es proletaria sólo cuando intervienen factores de carácter civilizatorio. Es necesario que la revolución, además de un fenómeno de poder, sea un hecho moral.

Si bien es cierto que poco a poco Gramsci va ajustando cuentas con su formación idealista, jamás perderá de vista la trascendencia de la cultura en el proceso revolucionario.



Esta temprana formulación gramsciana de la revolución en cuanto mutación estructural y cultural, es contraria al fatalismo economicista predominante en la II Internacional. La crisis económica, afirma Gramsci, no es determinante de una revolución social si, al mismo tiempo, no se produce una nueva cultura, una nueva atmósfera intelectual y moral.

Esa concepción de la revolución inspiró la práctica política de Gramsci, principalmente durante el movimiento de los consejos obreros (1918-20), sin duda una de las etapas más intensas de la lucha de clases en Italia. Y también, quizás, la más importante en la vida política de Gramsci. En el "bienio rojo" ya se observa la presencia de algunos conceptos gramscianos en estado práctico -retomando la terminología de Christine Buci-Glucksmann-.

En el movimiento consejista dirigido por los ordinovistas en Turín se evidencia el contenido práctico de dos conceptos que posteriormente serán desarrollados y profundizados por Gramsci: el concepto de Estado ampliado y el de hegemonía. Al analizar el fenómeno del fascismo, Gramsci observa que el Estado no está separado de la sociedad civil, y que en los momentos de crisis hegemónica cuenta con reservas organizativas que reestructuran la dominación de clase. Por ejemplo, el papel jugado por la pequeña burguesía en el fascismo. En este sentido, Gramsci critica implícitamente la concepción instrumental del Estado.

Por esto mismo concibe al movimiento de los consejos obreros como un proceso hegemónico. Un proceso por el cual la clase obrera apunta a convertirse en dirigente de las clases populares, desde una autonomía que va del aparato productivo al ámbito cultural.

Inmediatamente después del ascenso del fascismo en 1922, Gramsci se entregará a la búsqueda de las causas que determinaron la derrota obrera. Y al mismo tiempo, avanzará la estrategia de la hegemonía o guerra de posición. Estas representan los contenidos del segundo capítulo de nuestro trabajo.

Gramsci afirma que la revolución en Rusia fue posible porque en ese país el Estado aún no establecía nexos orgánicos con la sociedad civil. En Oriente no existían los grandes partidos socialdemócratas, los amplios estratos proletarios, la aristocracia obrera y la burocracia sindical, todas esas sobreestructuras políticas creadas por el desarrollo superior del capitalismo en Europa Occidental.

En Europa Occidental, sostiene Gramsci, el Estado se ha complejizado. De allí que escriba en el Cuaderno 6 de su obra redactada en prisión: "El error en política proviene de una comprensión inexacta del Estado: Estado = sociedad política + sociedad civil, hegemonía acorazada de coerción".

La ampliación del concepto tradicional de Estado, implica la incorporación teórica de la sociedad civil a la sociedad política.

En la sociedad civil, dice Gramsci, el Estado desarrolla funciones educativas y formativas que tienen la finalidad de crear nuevos y más elevados tipos de civilización, y de adecuar la civilización y moralidad de las masas populares a las necesidades del desarrollo del aparato económico de producción.

El Estado complejo funciona mediante la fuerza y el consenso, suscita la dirección cultural y política en torno a las clases sociales dirigentes. Este es el contenido del concepto gramsciano de hegemonía: la dirección económica, pero también y fundamentalmente la dirección política y cultural que un grupo social ejerce sobre el conjunto de las clases subalternas.

Gramsci sostiene que el aparato de hegemonía de la clase dominante se constituye en la sociedad civil. La producción y funcionamiento del aparato de hegemonía es responsabilidad de las categorías de intelectuales que se producen en el proceso mismo por el cual aquella se erige en dominante.

Esas categorías de intelectuales otorgan a la clase dirigente homogeneidad y consciencia de su propia función, no sólo en el campo económico, sino también en el social y político. Pero dado que la hegemonía de la burguesía se ejerce al interior de una relación de fuerzas, ésta se caracteriza por ser inestable y dinámica.

Es desde este contexto, de un Estado que ha devenido complejo y resistente a las irrupciones de las crisis económicas, que Gramsci plantea la estrategia hegemónica de la guerra de posición.

Una estrategia que supera la idea de una lucha frontal (guerra de movimiento) para Occidente, que encontró en Rusia el terreno más favorable para su aplicación:

La guerra de movimiento, de maniobra o lucha frontal, y la guerra de posiciones, de asedio o lucha hegemónica, son conceptos de origen militar que Gramsci incorpora a la ciencia política para dar cuenta de los distintos momentos de la lucha de clases, tanto en Oriente como en Occidente.

El concepto de guerra de movimiento, sostiene Gramsci, surgió hacia 1848, como expresión del economicismo, en una etapa histórica caracterizada por la ausencia de los grandes partidos políticos y los sindicatos. Este concepto sería ajustado y superado después en el concepto de hegemonía, como la estrategia más apropiada para Occidente.

En la teoría política gramsciana la guerra de posición redefine el terreno de la lucha por la hegemonía de las clases subalternas, en el marco de un Estado complejo, en cuanto determinación de las organizaciones estatales como complejo de asociaciones operantes en la sociedad civil. Por donde funcionan como "trincheras" y fortificaciones en las estructuras matrices de las democracias modernas.

Debido a que la guerra de posición es una estrategia que se desenvuelve en las condiciones sociales y políticas de un Estado complejo, se entrelaza con dos problemáticas fundamentales: la creación de una voluntad nacional-popular y la producción de una reforma intelectual y moral.

Estos son dos aspectos del proceso por el cual el proletariado se constituye en dirigente y dominante, es decir, en fuerza hegemónica.

La reflexión gramsciana en torno a la reforma intelectual y moral implica el desarrollo de tres temáticas entrelazadas: los intelectuales, la hegemonía como creación de una nueva cultura, y la reformulación de la filosofía de la praxis. Este desarrollo se despliega en el tercer capítulo de esta investigación.

La guerra de posición subraya la importancia de la cultura como un factor imprescindible en el proceso por el cual el proletariado deviene en clase hegemónica. Ello no la reduce a una estrategia culturalista, en tanto que la dirección cultural sólo es una dimensión de la hegemonía en cuanto hecho integral.

Un agrupamiento social no se vuelve hegemónico, afirma Gramsci, si no produce junto con la dirección política, una reforma intelectual y moral: una nueva cultura que transforme todas las formas de pensar y de actuar de las masas populares.

La reforma intelectual y moral supone la producción de una concepción y una práctica social de carácter crítico, y al mismo tiempo la superación de la escisión que el capitalismo ha establecido entre masas populares y alta cultura.

La creación de nexos orgánicos entre los intelectuales y las clases populares implica la producción de una nueva filosofía que anule el aislamiento de los "simples" en el sentido común, y transforme tanto a éstos como a la cultura de élites, a partir de una práctica estructurada materialmente que apunta a la conformación de un bloque intelectual y moral.

Al teorizar la reforma intelectual y moral, Gramsci redefine el concepto tradicional de intelectual. En un sentido amplio, el intelectual es un organizador. Y todos los hombres y mujeres son intelectuales, aunque no todos cumplen la función de intelectuales en una sociedad determinada.

Gramsci, al ensanchar la noción de intelectual, intenta eludir el riesgo de supeditar la clase obrera a una aristocracia intelectual. Y concebir, al contrario, un proceso hegemónico en el que amplios estratos proletarios se eleven intelectualmente para otorgar un perfil preciso al difuso elemento de masa.

La vinculación orgánica entre los intelectuales y las clases populares está asegurada por la política. El desarrollo de la hegemonía proletaria implica la producción de la unidad intelectual y moral, conforme a una concepción del mundo que ha superado el sentido común y se ha tornado crítica. De allí la importancia del proyecto gramsciano por reformular la filosofía de la praxis. El marxismo, afirma Gramsci, contiene en sí todos los elementos para convertirse, de metodología de la historia, en filosofía general.

La reflexión gramsciana encaminada a reformular la filosofía del marxismo pretende asegurar un terreno completamente nuevo en relación con todas las filosofías anteriores. Lo que busca Gramsci es una filosofía vinculada a la historia y a la política.

La onceava tesis de Marx sobre Feuerbach (los filósofos no han hecho más que interpretar al mundo, se trata ahora de transformarlo) constituye la matriz teórica a partir de la cual Gramsci demuestra lo que verdaderamente separa a la filosofía del marxismo de las otras filosofías: la praxis, la afirmación de la unidad tendencial entre teoría y práctica.

Los sistemas filosóficos existentes hasta ahora, afirma Gramsci, han surgido como manifestaciones de las contradicciones sociales. Pero cada sistema filosófico no ha sido la expresión consciente de estas contradicciones. Tal expresión sólo podía ser aportada por el conjunto de los sistemas en lucha entre sí. Sólo es con la filosofía de Hegel que se obtiene, aunque especulativamente, esa consciencia de las contradicciones. De ahí que la filosofía de la praxis sea para Gramsci una reforma y un desarrollo del hegelianismo. Una filosofía que intenta liberarse de todo elemento ideológico, unilateral y fanático; consciencia plena de las contradicciones a través de las cuales el filósofo, como individuo o grupo social, no sólo comprende las contradicciones, sino que se sitúa a sí mismo como elemento de la contradicción: "eleva este elemento a principio de conocimiento y, por lo tanto, de acción".

La determinación de la filosofía de la praxis como teoría de las contradicciones, subraya la vinculación orgánica de ésta con la historia y la política.

Gramsci desarrolla la filosofía de la praxis a través de la crítica al revisionismo especulativo de Benedetto Croce, y del marxismo ortodoxo de Bujarin.

A Croce, Gramsci le critica su concepción de la historia como ético-política. Croce sostiene que el sujeto de la historia no son los sujetos sociales, sino la cultura, la civilización, la libertad o el progreso.

Esta concepción de la historia, dice Gramsci, es un historicismo idealista en cuanto reduce la historia al aspecto ético-político-cultural de la hegemonía. La hegemonía, aislada de su base de clase, de su sustento material, sólo produce una historia especulativa.

El eje teórico en el que Gramsci centra su crítica al historicismo especulativo de Croce es el concepto de bloque histórico. El concepto de bloque histórico implica la aprehensión de la historia de la hegemonía, y en su interior del momento ético-político como lo que es: la forma del contenido histórico-social del bloque histórico concreto.

Al mismo tiempo, la noción de bloque histórico se entrelaza con una concepción unitaria de la filosofía. La economía, la política y la filosofía, afirma Gramsci, son elementos constitutivos de la filosofía de la praxis: "uno se halla implícito en el otro, y todos juntos forman un círculo homogéneo".



Mientras que Croce había separado la dirección hegemónica de las relaciones de producción, Gramsci revaloriza la unidad orgánica de estas dos dimensiones. Y aprehende la vinculación de la filosofía con la historia, en cuanto que la realización de un aparato hegemónico incluye la realización práctica de una filosofía. La organicidad de la filosofía con la historia implica, en consecuencia, la vinculación de la filosofía con la política.

En sus análisis en torno a la filosofía de la praxis, Gramsci también critica a Bujarin, en cuanto representante del revisionismo marxista ortodoxo.

El punto nodal de la crítica a Bujarin se refiere a la escisión que éste establece entre materialismo histórico y materialismo dialéctico. Entre una teoría de la historia y la política reducida a sociología y construida según los métodos de las ciencias naturales, y una filosofía propiamente dicha, que sería el materialismo dialéctico.

La filosofía, argumenta Gramsci, apartada de la historia y la política, sólo puede ser metafísica. Toda filosofía, como filosofía de grupos o clases sociales, no es más que la clase misma en su lucha por devenir Estado. Por donde la filosofía resulta articulada a la política, en cuanto organización y acción de clase. La filosofía, traducida a política, es historia práctica: expresión de las transformaciones logradas por esa misma clase en una época determinada.

El revisionismo de Croce y de Bujarin no sólo conduce a errores teóricos, sino también a graves fallas políticas.

Se separa la teoría de la práctica, escinden a los intelectuales de las masas y bloquean la posibilidad de producir un frente cultural alternativo.

Sin la unidad orgánica teoría-práctica no puede haber reforma intelectual y moral y, asimismo, no puede producirse una voluntad nacional-popular.

El interés de Gramsci por asegurar la organicidad teoría-práctica es, además de analítico, político. Ello porque la guerra de posición, como estrategia de ruptura amplia, requiere de la formación de una voluntad popular y una reforma intelectual y moral. Y ésta, a su vez, supone la producción de una filosofía integral. Ello explica la trascendencia de la investigación gramsciana para recuperar la autosuficiencia e independencia de la filosofía marxista.

El cuarto capítulo de nuestra exploración se propone, por último, recapitular todos aquellos elementos teóricos que confieren a la guerra de posición el carácter de una estrategia hegemónica. Y, al mismo tiempo, avanzar una reflexión en cuanto a la pertinencia de esa estrategia en América Latina.

La guerra de posición constituye una estrategia revolucionaria dependiente de una analítica de un Estado capitalista que se ha complejizado.

La crisis del Estado liberal a fines del siglo pasado implica, además de la transformación del patrón de acumulación, una nueva etapa en el desarrollo del Estado y la política.

Las funciones del Estado se diversifican en múltiples prácticas y organizaciones privadas y estatales que median las relaciones entre las masas y el Estado-gobierno.

Las formas de dominación inherentes a un Estado complejo, caracterizadas por la alternancia de la fuerza y el consenso, empujan la reflexión gramsciana hacia la búsqueda de una estrategia que produzca la hegemonía proletaria.

Gramsci propone a la guerra de posición como la estrategia que mejor se ajusta a las circunstancias de un Estado ampliado.

La guerra de posición, en cuanto estrategia hegemónica, implica el proceso por el cual la clase obrera se constituye en dirigente.

Una clase que se proponga la realización de su hegemonía enfrenta la problemática de trascender su condición corporativa, de hacer suyos los intereses inmediatos y futuros de las clases dirigidas. La clase obrera, al superar su condición particularista se convierte en clase nacional, capaz de dirigir al pueblo nación. Al mismo tiempo, esta acción por la cual se construye el bloque nacional-popular implica una dimensión organizacional: no hay hegemonía sin instituciones o aparatos de la lucha ideológica, cultural y política.

El bloque nacional-popular implica la creación de nexos orgánicos entre dirigentes y dirigidos, lo que implica la producción de una reforma intelectual y moral. Esta se desarrolla en la lucha por construir un frente cultural que apunta a establecer vínculos orgánicos entre las masas y los intelectuales.

Los intelectuales se ligan estrechamente a las masas en cuanto elaboran y dan coherencia a los principios y problemas que éstas plantean con su actividad.

La reforma intelectual y moral se expresa como producción y realización práctica de una filosofía, de una concepción del mundo propia de las clases subalternas.

La voluntad nacional-popular y la reforma intelectual y moral alcanzan su plena realización en la construcción de un nuevo Estado. Mientras esto no se produzca la clase obrera será una función disgregada de la sociedad civil. La unificación del proletariado en el Estado-proceso de transición constituye, al mismo tiempo, la fundación de un nuevo bloque histórico.

Para finalizar, consideramos que la guerra de posición es una propuesta estratégica enormemente fecunda para cualquier situación en la que el Estado se ha complejizado.

En América Latina, aún con sus diferencias específicas, el Estado constituye sin duda un Estado ampliado. No se reduce al mero aparato coercitivo, sino que ejerce también funciones de dirección cultural y política.

No obstante, en mayor o menor medida, estos Estados atraviesan en la actualidad por una crisis de hegemonía. Al tiempo que las clases dirigentes reorganizan su dominación, las clases y grupos subalternos encaran la problemática de producir su propia hegemonía. De ahí que el retorno a la reflexión gramsciana resulte una exigencia tanto teórica como política.

## CAPITULO I

### PRACTICA POLITICA DE GRAMSCI

#### A. EXPERIENCIA CONSEJISTA.

En 1913, siendo todavía alumno del Colegio Carlo Alberto de Turín, Antonio Gramsci establece sus primeros contactos con el movimiento socialista, particularmente con jóvenes del "Fascio Central". A principios de 1914, según testimonio de Angelo Tasca, se inscribe en la sección socialista local.

Sin embargo, sólo es hasta 1916 cuando se entrega por entero a la actividad política, a través del periodismo, en la sección cultural "Sotto la Mole" del "Avanti". La participación de Gramsci en el "Avanti", refleja desde un principio el peso tan importante que otorgará a la cultura en el proceso de transformación revolucionaria. El joven sardo también acude a los círculos obreros turineses para dictar conferencias acerca de la Comuna de París, Romain Rolland, Marx, etc.

La Federación Juvenil piemontesa publicó el 11 de febrero de 1917, el número único de una revista titulada "La Città Futura", redactada en su totalidad por Gramsci. El texto, de cuatro hojas, es importante en tanto revela las tempranas influencias de su formación juvenil, entre las que destacan Gaetano Salvemini, Benedetto Croce y el gentiliano Armando Carlini.

Asimismo, "La Città Futura" descubre algunos rasgos de la personalidad de Gramsci que serán constantes al paso del tiempo:

"...La tensión del hombre que siente la exigencia de militar y combatir, la intransigencia frente a los adversarios de clase, la vena sarcástica, la confianza en la 'voluntad tenaz del hombre' como motor de la historia y la correspondiente aversión por la 'superstición científica' de los positivistas, por los reformistas del tipo Claudio Treves, idólatras de la 'ley natural', de la 'marcha fatal de las cosas' " (1).

Su confianza en la voluntad del hombre para modificar sus circunstancias, y su rechazo a una determinación economicista de la historia, se vieron reforzados por la Revolución Rusa de 1917. En "II Grito del Povo", del 29 de abril de 1917, Gramsci publica sus primeros comentarios en su artículo "Notas Sobre la Revolución Rusa". En éste destaca las características que hacen de la Revolución Rusa un hecho esencialmente proletario. Sostiene que la Revolución Rusa no es proletaria sólo porque hayan participado obreros y campesinos en su realización, o sólo porque comités de obreros controlen los organismos administrativos:

"Para que sea así -un hecho proletario- es necesario que intervengan otros factores, factores de carácter espiritual. Es necesario que el hecho revolucionario demuestre ser, además de fenómeno de poder, fenómeno de costumbres, hecho moral" (2).

La revolución socialista no consiste únicamente en la transformación del aparato de producción y de cambio. Es un fenómeno que involucra también la creación de nuevas superestructuras. Es decir conlleva la creación de una cultura comunista fundada en la crítica de la civilización capitalista.

1. Fiori, Giuseppe. Vida de Antonio Gramsci. Península, España, 1976, p. 128-29.
2. Gramsci, Antonio. Revolución Rusa y Unión Soviética. Roca, México, 1974, p. 11.

La revolución socialista, como dirá en los Cuadernos de la Cárcel, es un hecho intelectual y moral. La revolución es un fenómeno tendiente a sustituir las viejas concepciones del mundo.

Por otra parte, Gramsci señala que la Revolución Rusa se caracteriza por su antijacobinismo en tanto que no se realizó para satisfacer los intereses particulares de un grupo social determinado:

"...El jacobinismo es un fenómeno puramente burgués; caracteriza a la revolución burguesa de Francia. La burguesía, cuando hizo la revolución, no tenía un programa universal; servía intereses particulares, los de su clase, y los servía con la mentalidad cerrada y mezquina de cuantos siguen fines particulares. El hecho violento de las revoluciones burguesas es doblemente violento: destruye el viejo orden, impone el nuevo orden. La burguesía impone su fuerza y sus ideas no sólo a la casta anteriormente dominante, sino también al pueblo al que se dispone a dominar. Es un régimen autoritario que sustituye a otro régimen autoritario" (3).

En este fragmento está implícita la concepción de la revolución socialista que desarrollará en los Cuadernos, en cuanto a que la dirigencia de la clase obrera y su partido, en un proceso revolucionario, pasa por la incorporación de los intereses presentes y futuros de las clases sociales aliadas.

Gramsci, al asimilar la teoría antieconomicista de Croce, sostiene que la revolución se construye en la lucha, mediante una política de masas. Esta concepción revolucionaria lo coloca, de entrada, en una posición crítica frente al reformismo dominante tanto en la II Internacional como en el Partido Socialista Italiano.

3. Ibid., p. 12.

"El -Lenin- y sus camaradas bolcheviques están convencidos de que en todo momento puede realizarse el socialismo. Se nutren del pensamiento marxista. Son revolucionarios, no evolucionistas. Y el pensamiento revolucionario niega el tiempo como factor de progreso" (4).

La sustentación no crítica de las formulaciones antieconomicistas crocianas, incluso, inducen a decir a Gramsci en su artículo "La Revolución Contra el Capital", del 24 de noviembre de 1917, con el que celebra el arribo de los bolcheviques al Estado:

"La revolución de los bolcheviques se compone más de ideologías que de hechos. Es la revolución contra El Capital de Carlos Marx. El Capital de Marx era, en Rusia, el libro de los burgueses más que el de los proletarios. Era la demostración crítica de la necesidad ineluctable de que en Rusia se formase una burguesía, se iniciase una era capitalista, se instaurase una civilización de tipo occidental, antes de que el proletariado pudiera siquiera pensar en su insurrección, en sus reivindicaciones de clase, en su revolución. Los hechos han superado las ideologías. Los hechos han reventado los esquemas críticos según los cuales la historia de Rusia hubiera debido desarrollarse según los cánones del materialismo histórico.

Los bolcheviques reniegan de Carlos Marx al afirmar, con el testimonio de la acción desarrollada, de las conquistas obtenidas, que los cánones del materialismo histórico no son tan férreos como se pudiera pensar y se ha pensado" (5).

Para Gramsci, los bolcheviques "viven el pensamiento marxista, lo que no muere nunca"; son la continuación del pensamiento idealista italiano y alemán, que en Marx se ha contaminado de incrustaciones positivistas y naturalistas.

4. Ibid., p. 19.

5. Ibid., p. 22.



No obstante, como advierte Christine Buci-Glucksmann en su libro "Gramsci y el Estado":

"Es necesario reconocer que Gramsci está todavía lejos de deducir el carácter científico de ese pensamiento -el marxista-. Rasgos de idealismo, es cierto. Pero también y ante todo, combate político preciso: el llamamiento a la voluntad de los hombres, a la iniciativa de las masas contra las leyes fatales de la historia" (6).

La revolución del 17 no sólo entusiasma a Gramsci, también al conjunto del proletariado turinés. En esa época los obreros turineses constituyen la vanguardia de los trabajadores italianos. No solamente luchan por mejoras salariales y la reducción de la jornada laboral, exigen una representación obrera y democrática. Asimismo, en 1914 Turín fue el escenario de masivas concentraciones antimilitaristas, y de dos insurrecciones armadas, una en 1915 y la otra en 1917.

De allí que no sorprenda que un promedio de cuarenta mil personas se reúnan para dar la bienvenida a los delegados de los soviets el 5 de agosto de 1917, y que Serrati cierre la manifestación con un llamamiento a la revolución socialista.

La Primera Guerra Mundial y la revolución bolchevique han creado situaciones nuevas casi en todos los países europeos.

6. Buci-Glucksmann, Christine. Gramsci y el Estado. Siglo XXI, México, 1984, p. 160.

Particularmente en Italia, se introducen nuevos métodos de producción (taylorismo: racionalización), se acentúa la explotación, se acelera la maduración política de la clase obrera, los campesinos se apoderan de tierras, se crea un partido católico y el Estado parece volar en pedazos. Es decir, se da una crisis de hegemonía. La sociedad civil se separa de la sociedad política. Las clases tradicionales pierden su dirección sobre las clases subalternas. Se verifica un desplazamiento de la base del Estado.

Gramsci es sensible a esos cambios y fiel a su concepción de la revolución en la que lo esencial es el hombre, su voluntad; inicia una campaña en la que se propone la renovación ideológica y cultural del movimiento socialista. En ella no sólo sobresalen la influencia de Lenin y la Revolución Rusa, también la de los movimientos culturales franceses, como los dirigidos por el Grupo Clarté y Barbusse, que pugnan por una literatura proletaria, por establecer una relación orgánica entre cultura y revolución.

Esta relación orgánica entre cultura y revolución está mediada por un repensar la función de los intelectuales en el proceso emancipatorio.

Al respecto, retoma la tesis de Barbusse: "todos los hombres son intelectuales". Tesis que rechaza la subordinación del obrero a una aristocracia cultural. Gramsci afirma que no puede haber una clase obrera autónoma y organizada, si al mismo tiempo, no se establece la lucha por una visión del mundo propia, involucrando todos los aspectos de la existencia.

La lucha por una autonomía cultural implica la formación de élites de intelectuales que surjan directamente de la masa y que permanezcan en contacto con ella.

Porque, según Gramsci, la revolución no es un "juego de diletantes o una aventura romántica", hay que prepararla, ir creando las condiciones que posibiliten el tránsito de una sociedad a otra. La crisis económica en sí misma no es determinante de una revolución social si no va acompañada por la elaboración de una nueva cultura, de una nueva atmósfera intelectual y moral.

De lo que se trata es de ir organizando y modificando espiritualmente a los hombres para que sean capaces de hacer su propio destino:

"La historia no es un cálculo matemático; en ella no existe un sistema métrico decimal, una enumeración progresiva de cantidades iguales que permita las cuatro operaciones, las ecuaciones y extracción de raíces: la cantidad (estructura económica) se convierte en calidad porque llega a ser instrumento de acción en manos de los hombres, de hombres cuyo valor no depende sólo del peso, la estatura, la energía mecánica que puedan desarrollar los músculos y los nervios, sino, esencialmente, de su espíritu, de lo que sufren, comprenden, gozan, quieren o rechazan" (7).

La emergencia de la nueva cultura va acompañada de la formación del Estado socialista, que tiene como base a los soviets de obreros y campesinos: a partir de los consejos se instauran las jerarquías orgánicas que regulan las relaciones entre los individuos y el Estado proletario.

"Los núcleos vivos de esta jerarquía son los soviets y los partidos populares. Los soviets son las organizaciones primordiales a integrar y desarrollar y los bolcheviques se han convertido en el partido del gobierno porque sostienen que los poderes del Estado deben depender y ser controlados por los soviets" (8).

7. Ibid., p. 42.

8. Ibid., p. 51.

La perspectiva antieconomicista de Gramsci le permitirá mantener una actitud polémica, particularmente con los socialistas reformistas y sindicalistas.

Al sindicalismo y al reformismo, Gramsci les critica la escisión arbitraria que establecen entre economía y política. Escisión que no tiene nada que ver con el marxismo, sino con toda una tradición liberal contraria al Estado: "la literatura liberal es toda una polémica contra el Estado. La historia política del capitalismo se caracteriza por una continua y rabiosa lucha entre el ciudadano y el Estado". Por el contrario, en el marxismo: economía y política, "ambiente y organismo social" forman una unidad orgánica, y uno de sus grandes méritos consiste precisamente, en la afirmación dialéctica de esa unidad.

Los reformistas desterraron arbitrariamente a la economía de la unidad de la actividad social y, los sindicalistas, a la política. Los sindicalistas se especializan en la organización profesional. Y los reformistas se limitan al parlamentarismo legislacionista. Como alternativa a estas dos desviaciones surge el socialismo revolucionario.

"La actividad histórica contrastante no desembocará ni en un Estado profesional, como el que sueñan los sindicalistas, ni en un Estado monopolizador de la producción y la distribución, tal como lo anhelan los reformistas.

Desembocará en una organización de la libertad de todos y para todos, sin ningún carácter estable y definido: será en cambio, una búsqueda continua de formas nuevas que se adecuarán cada vez más a las necesidades de los hombres y de los grupos, de modo que todas las iniciativas sean respetadas, en cuanto útiles y todas las libertades sean protegidas cuando no impliquen privilegio" (9).

9. Gramsci, Antonio. Escritos Políticos (1917-1933), "La Organización Económica y el Socialismo". Siglo XXI, México, 1981, p. 88.

De 1916 a 1918, poco a poco el pensamiento de Gramsci se va depurando de las influencias crocianas. Ya no habla de la Revolución Rusa como revolución contra El Capital, sino de la revolución con El Capital, cuyo hilo de interpretación científica de la historia es la lucha de clases. En este sentido, escribe en un artículo no firmado del 30 de agosto de 1918:

"Lenin, aplicando el método utilizado por Marx, encontró que lo real es el profundo e insalvable abismo que el capitalismo ha abierto entre el proletariado y la burguesía, el siempre creciente antagonismo entre las dos clases. Al explicar los fenómenos sociales y políticos y al fijar al partido la vía a seguir, en todos los momentos de su vida, jamás perdió de vista el más potente resorte de toda la actividad económica y política: la lucha de clases" (10).

La revolución no depende sólo de la voluntad humana, sino primordialmente de un estudio "crítico y profundizado de las condiciones económicas y políticas", del carácter de las clases dominantes y de la misión histórica de las clases dominadas.

En estos dos años se asiste a una modificación de la concepción gramsciana respecto al Estado. El Estado no se reduce a ser instrumento de dominación en manos de una clase sujeta, se constituye también en el medio por el cual las clases dirigentes se unifican:

"La clase burguesa no es una unidad fuera del Estado. Por principio y acción de la libre competencia surgen y se constituyen continuamente nuevos grupos de productores capitalistas que se integran incesantemente en la capacidad económica del régimen...

10. Gramsci. Op., cit., p. 56.

El Estado conduce a la composición, en el plano jurídico de las disensiones internas de clase, los desacuerdos entre intereses opuestos, unifica a las capas y modela una imagen de la clase en su conjunto" (11).

Por otra parte, esta ampliación temprana del concepto de Estado también se refiere a la problemática del socialismo. Más específicamente, a la cuestión de la revolución: la creación de un nuevo Estado basado en los soviets de obreros y campesinos. Obligado a resolver los mismos problemas que enfrentan los Estados capitalistas: "de defensa interna y externa", que defienda a la revolución de las rebeliones antiproletarias internas y de las agresiones externas. Para ello no sólo hay que ejercer el poder militar, económico y político, fundamentalmente:

"...Rehacer la educación del proletariado, habituarlo a la idea de que para suprimir el Estado en la Internacional es necesario un nuevo tipo de ejército. Esto significa adiestrar al proletariado en el ejercicio de la dictadura, del autogobierno" (12).

En otras palabras, hay que educar al proletariado en el arte de gobernar y dirigir por medio de las instituciones de masas y el partido político, en una relación orgánica entre dirigentes y dirigidos.

Con el término de la Primera Guerra Mundial vuelven del frente Tasca, Togliatti y Terracini que, al poco tiempo, junto con Gramsci, retoman el viejo proyecto de crear un periódico y fundan el "L'Ordine Nuovo".

11. Gramsci. Op., cit., p. 70.

12. Gramsci. Op., cit., p. 89.

Gramsci en su artículo "El Programa de 'L'Ordine Nuovo'", publicado el 14 y 18 de agosto de 1920, describe el origen impreciso de la orientación que posteriormente asumiría el semanario.

"El único sentimiento que nos unía en aquellas reuniones era el provocado por una vaga pasión, por una vaga cultura proletaria: queríamos hacer algo, algo, algo: nos sentíamos angustiados, sin orientación, sumidos en la ardiente vida de aquellos meses posteriores al armisticio, cuando parecía inminente el cataclismo de la sociedad italiana" (13).

Efectivamente, la revolución bolchevique, la guerra y el tránsito del capitalismo de libre competencia a la fase imperialista o monopolista, creaban una serie de circunstancias en las que la revolución proletaria se revelaba como algo inminente. Al respecto, Gramsci escribirá en enero de 1921:

"La Revolución Rusa no es solamente producto de condiciones particulares y especiales de aquel país, sino también un producto de la guerra imperialista mundial.

Hoy, después de la guerra, en todos los países capitalistas, la crisis económica, el paro, la carestía, la depreciación de la moneda, son fenómenos comunes que hacen las condiciones de cada país semejantes a las de Rusia de 1917. Pero no sólo el estallido de la Revolución Rusa sino también su desarrollo está relacionado y depende de la crisis económica y política mundial, crisis que se hace cada vez más prolongada y profunda.

13. Gramsci. Op., cit., p. 127.

Las condiciones de la revolución maduran rápidamente y sólo la victoria de la revolución universal puede asegurar definitivamente la victoria de la Revolución Rusa" (14).

En este texto de Gramsci, antes que nada, es indispensable destacar el trasfondo teórico leninista en sus ejes fundamentales: doctrina del imperialismo como fase superior del capitalismo y su teoría de la revolución como creación de un Estado de nuevo tipo. Es necesario hacer referencia a las aportaciones teóricas de Lenin a la teoría revolucionaria porque gracias a ellas los socialistas italianos, como dijo Palmiro Togliatti en su artículo "Gramsci y el Leninismo": "actuamos diversamente porque hemos entendido de forma nueva la realidad que está frente a nosotros, hemos penetrado en su esencia como antes no lo habíamos podido hacer". Togliatti señala que los socialistas italianos antes del leninismo carecían de una teoría concreta del proceso revolucionario:

"¿Qué era la revolución para un socialista italiano de fines del ochocientos y principios del novecientos? ¡No lo sabía! Se desarrollaban interminables debates sobre la diferencia que pudiera haber entre una simple revuelta, la insurrección y una 'verdadera' y 'efectiva' revolución; entre un movimiento armado y uno no armado, y las eventuales relaciones entre ellos. Se discutía si una huelga general pudiera iniciar una revolución, pero esto era ya una forma más concreta de la investigación. O bien se confundía, identificándolos, el concepto de revolución 'permanente' con el concepto de desarrollo histórico, que es otra cosa. No existía una visión precisa, de lo que era una subversión revolucionaria de las relaciones sociales" (15).

14. Gramsci. Op., cit., p. 106-7.

15. Badaloni, N., y otros. Filosofía y Política en el Pensamiento de Gramsci. E. de Cultura Popular, México, 1988, p. 58.



Basados en la teoría leninista que afirmaba la maduración de las condiciones para la revolución socialista, los ordinovistas se plantearon la tarea de elaborar una estrategia que partiera de la situación italiana y se adecuara a ella. Se propusieron estudiar lo que ocurre en el seno de las masas obreras. La fábrica capitalista, pero no como organización de la producción material: "Estudiemos la fábrica capitalista como forma necesaria de la clase obrera, como organismo político, como 'territorio nacional del autogobierno obrero' ".

Angelo Tasca fue de los pocos que no estuvieron de acuerdo: se negó a que se iniciara agitación alguna entre las masas trabajadoras; sugería un acuerdo con los secretarios de las federaciones y de los sindicatos. Proponía establecer una asamblea con esos secretarios y elaborar un plan de acción oficial.

De este modo, dice Gramsci: "El grupo de 'L'Ordine Nuovo' habría quedado reducido a la dimensión de una irresponsable camarilla de presuntuosas 'moscas cocheras' ".

En medio de estas polémicas y la falta de objetivos precisos, "L'Ordine Nuovo" fue en sus primeros números una antología de "cosas muertas, cosas desgastadas":

"Una revista que igual habría podido nacer en Nápoles, Caltanissetta o Brindisi: una revista de cultura abstracta, de información abstracta, con cierta tendencia a publicar cuentitos horripilantes y xilografías bienintencionadas; eso fue 'L'Ordine Nuovo' durante sus primeros números: un desorganismo, el producto de un intelectualismo mediocre que buscaba a fuerza de traspies un puerto ideal y una vía de acción" (16).

Fue hasta el número siete, mediante un "golpe de estado de redacción" urdido por Togliatti, Terracini y Gramsci, que "L'Ordine Nuovo" se convirtió en el periódico de los consejos de fábrica. A partir de ese momento las comisiones internas se convirtieron en el problema central, la cuestión fundamental de la revolución obrera.

De inmediato se estableció una relación estrecha entre los trabajadores y los ordinovistas:

"...Porque en los artículos del periódico encontraban una parte de sí mismos, su parte mejor; porque notaban que los artículos de 'L'Ordine Nuovo' no eran frías arquitecturas intelectuales sino que brotaban de nuestra discusión con los mejores obreros, elaboraban sentimientos, voluntades, pasiones reales de la clase obrera turinesa que habían sido provocadas y exploradas por nosotros... porque eran casi el 'acta' de los acontecimientos reales vistos como momentos de un proceso de íntima liberación y expresión de la clase obrera" (17).

En el artículo "Democracia Obrera", publicado el 21 de junio de 1919, redactado por Gramsci y Togliatti, aparecen las siguientes interrogantes.

"¿Cómo dominar las inmensas fuerzas sociales que la guerra ha desencadenado? ¿Cómo disciplinarlas y darles una forma política que tenga la virtud de ir desarrollándose normalmente, de ir integrándose continuamente hasta convertirse en el armazón del Estado socialista que encarne la dictadura del proletariado? ¿Cómo soldar el presente al futuro, satisfaciendo a la vez las necesidades del presente y desarrollando una labor positiva encaminada a crear y 'anticipar' el porvenir?" (18).

17. Gramsci. Op., cit., p. 129.

18. Gramsci, Antonio. Consejos de Fábrica y Estado de la Clase Obrera. Ro ca, México, 1973, p. 20.

Las organizaciones políticas que han de dominar las fuerzas sociales, disciplinarias y estructurarlas de tal manera que constituyan el armazón económico y político del Estado socialista, existen ya en las comisiones internas, en tanto instituciones propias de la clase trabajadora. Ahora de lo que se trata es de:

"Conjugar esas instituciones, coordinarlas y subordinarlas en una jerarquía de competencias y de poderes, centralizarlas -respetando, empero, la necesaria autonomía-, significa crear ya desde ahora mismo una verdadera democracia obrera, eficiente y activa, en contraposición con el Estado burgués en todas sus funciones esenciales de gestión y de dominio del patrimonio nacional" (19).

El Partido Socialista y los sindicatos profesionales son incapaces de absorber a toda la masa de trabajadores, y para hacerlo, requerirían una labor de años. Por otra parte, esas organizaciones no se confundirán con el futuro Estado proletario, pues continuarán existiendo en su autonomía y funcionando como: "instituciones de propulsión (el partido) o de control de realizaciones parciales (los sindicatos)". El partido seguirá siendo el instrumento de educación comunista, el poder encargado de armonizar y dirigir al conjunto de fuerzas organizadas y disciplinadas de la clase obrera. Precisamente por ser esta la misión esencial del partido, no puede admitir en su seno a militantes no acostumbrados al "ejercicio de la disciplina y la responsabilidad".

Pero la clase obrera puede ser educada y cohesionada por las comisiones internas, a las que hay que democratizar e infundir "vida y energía nuevas":

19. Ibid., p. 20-21.

"Ya desde ahora, los obreros deben proceder a la elección de vastas asambleas de delegados, escogidos entre los mejores y más conscientes de sus compañeros, de acuerdo con la consigna: 'Todo el poder de la fábrica a los comités de fábrica'. Consigna coordinada con esta otra: 'Todo el poder del Estado a los consejos de obreros y campesinos' (20).

El Estado socialista será el resultado de un proceso, sólo en la medida que se construyan las condiciones económicas y políticas que lo hagan posible. El punto de partida es la autogestión de la clase obrera y campesina, la vinculación orgánica entre economía y política, estructura y superestructura. En los Cuadernos, esa vinculación adquiere un nivel teórico explicativo preciso mediante los conceptos de dirección y dominación. Una clase social antes de llegar al Estado debe ser dirigente tanto en el aparato productivo como en el cultural y político. Ya en el poder, se vuelve dominante pero sigue siendo dirigente.

"Puede y debe existir una 'hegemonía política' incluso antes de llegar al gobierno y no hay que contar sólo con el poder y la fuerza material que éste da para ejercer la dirección o hegemonía política" (21).

Gramsci afirma que el sindicalismo en su forma tradicional es una institución de la sociedad capitalista, pero no una forma de potencial superación de tal sociedad. Mientras que en las comisiones internas el obrero interviene como productor a consecuencia de su posición y función en la sociedad:

20. Ibid., p. 22.

21. Gramsci, A. Cuadernos de la Cárcel. tomo 1, Era, México, p. 44.

"El sindicalismo organiza a los obreros no como productores, sino como asalariados, es decir, como criaturas del régimen capitalista de propiedad privada como vendedores de la mercancía llamada trabajo" (22).

Los sindicatos y el partido deben dejar de ser superestructuras impuestas a los trabajadores, y crear las condiciones en las que el proceso revolucionario adquiriera su máxima celeridad y eficacia. El sindicalismo será el encargado de coordinar las fuerzas productivas imprimiendo al aparato productivo la forma comunista. Por su parte, el partido debe encargarse de organizar a los obreros y campesinos. Controlar a todos los organismos del nuevo Estado, con la finalidad de suprimir los derechos y relaciones inherentes al capitalismo.

Pero esta redefinición de los sindicatos y el partido se concretará en los hechos sólo si se apoya en los consejos obreros. Los consejos no tienen a conservar la legalidad, sino que, por su espontaneidad, desencadenan en todo momento la lucha de clase; ellos encarnan el proceso real de la revolución proletaria.

En las comisiones internas, el obrero interviene como productor a consecuencia de su posición y función en la sociedad. Al contrario, en el partido y en el sindicato, el obrero se adhiere voluntariamente, por medio de un compromiso o contrato que puede romper cuando quiera:

22. Gramsci, Antonio. Consejos de Fábrica y Estado de la Clase Obrera, "Sindicalismo y Consejos". Roca, México, 1973, p. 51.

"Por ese carácter de 'voluntariedad', por ese carácter 'contractual', el partido y el sindicato no pueden confundirse en modo alguno con el consejo, institución representativa que no se desarrolla aritméticamente, sino morfológicamente, y que en sus formas superiores tiende a dar el perfil proletario del aparato de producción y cambio creado por el capitalismo con fines de beneficio" (23).

La crisis italiana de esta época es económica y política, y, por consecuencia, afecta a las organizaciones obreras tradicionales que, desde sus orígenes, estuvieron dominadas por las leyes del capitalismo de libre competencia.

El más radical instrumento de transformación social lo constituyen los consejos obreros que hacen a los obreros responsables de la producción, les despierta una disciplina consciente y voluntaria: "crea la psicología del productor, del creador de historia. Es en estas instituciones obreras que encarna la dictadura proletaria que destruye el dominio de clase".

La actividad propagandística desarrollada por los ordinovistas a lo largo de cuatro meses ve sus primeros resultados a principios de septiembre de 1919, cuando dos mil obreros de la Fiat-Brevetti eligen a sus delegados de sección. Para el otoño del mismo año, más de treinta mil trabajadores se han organizado en consejos.

En cada número de L'Ordine Nuovo se publican documentos y testimonios que contribuyen a enriquecer la teoría y la organización consejista. Se dan a conocer textos de Arthur-Ransome, Bujarin, Bela-Kun, Jules-Humbert-Droz, y se polemiza en torno a movimientos semejantes, como los promovidos por la asociación sindicalista revolucionaria Industrial Workers of the World y el de los shop-stewards comittes ingleses.

23. Gramsci. Op., cit., p. 130.

El 3 de diciembre se suscita la primera acción consejista, dos semanas después de las elecciones "20 mil obreros expulsaron de las calles del centro de la ciudad a toda la gentuza militarista y nacionalista".

La siguiente expresión importante de la fuerza que iba adquiriendo el movimiento obrero se manifestó a fines de marzo de 1920, al estallar una huelga general.

Gramsci, en el informe enviado al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista en julio de 1920, señala que el movimiento turinés de abril fue un acontecimiento grandioso, tanto en la historia del proletariado italiano como mundial.

"Por primera vez en la historia se dio efectivamente el caso de un proletariado que se lanza a la lucha por el control de la producción sin ser movido a esa acción por el hambre ni por el paro. Además, no fue sólo una minoría, una vanguardia de la clase obrera, la que emprendió la lucha, sino la masa entera de los trabajadores de Turín, que entró en liza y llevó adelante la lucha, sin preocuparse por las privaciones y los sacrificios, hasta el final" (24).

Finalmente, la huelga fue derrotada por los patrones en alianza con las fuerzas del Estado; los obreros sostuvieron la lucha solos, sin ayuda alguna del Partido Socialista y de la Confederación General del Trabajo.

En ese mismo mes de marzo, Gramsci elabora un documento que publicará en el L'Ordine Nuovo con el título de "Por una Renovación del Partido Socialista".

En este texto Gramsci caracteriza la etapa en la que se encuentra la lucha de clases a nivel nacional, al mismo tiempo que expone una dramática advertencia.

"La fase actual de la lucha de clases en Italia es la fase que precede a la conquista del poder político por el proletariado revolucionario, mediante el paso a nuevos modos de producción y de distribución que permitan una recuperación de la productividad, o bien a una tremenda reacción de la clase propietaria y de la casta de gobierno. Ninguna violencia dejará de aplicarse para someter al proletariado industrial y agrícola a un trabajo de siervos" (25).

Gramsci visualiza con extrema lucidez la descomposición del aparato de producción, pero también los esfuerzos de las clases dominantes, a través del Estado, por reorganizarse y resistir a los avances de las masas obreras. Mientras las clases propietarias se reorganizan y resisten, las fuerzas obreras y campesinas carecen de concentración y coordinación; los organismos directivos del Partido Socialista han sido incapaces de vincularse con ellas para otorgarles una estructura y dirección definidas.

"El Partido Socialista asiste como espectador al desarrollo de los acontecimientos, no tiene nunca opinión propia que formular en dependencia de las tesis revolucionarias del marxismo y de la Internacional Comunista, no lanza ninguna consigna que puedan recoger las masas y que pueda dar una dirección general, unificar y concentrar la acción revolucionaria.



El Partido Socialista, como organización política de la parte de vanguardia de la clase obrera, debería realizar una acción de conjunto capaz de situar a toda la clase obrera en condiciones de lograr la revolución y vencer de un modo duradero" (26).

El Partido Socialista, desde su fundación, ha sido un partido parlamentario incapaz de ir más allá de los límites establecidos por la democracia burguesa. No se ha dado una figura autónoma que haga de él un partido revolucionario. En este sentido, Gramsci propone una acción que se plantee como fin la formación de un verdadero partido comunista, homogéneo y cohesionado, como lo indican los principios de la III Internacional.

Gramsci señala la necesidad de iniciar una polémica con reformistas y sindicalistas para depurar al partido y dotarlo de una táctica, doctrina y disciplina revolucionarias. Del mismo modo, la dirección del partido debe elaborar un programa de gobierno revolucionario que contemple soluciones reales a todos los problemas esenciales de los diversos estratos de la población. Y, cuanto antes, el partido debe lanzar un manifiesto que plantee la conquista revolucionaria del Estado.

No obstante, la propuesta gramsciana no es retomada. Los principales dirigentes del Partido Socialista se pronuncian en contra de la estrategia consejista haciéndole duras críticas. Según Bordiga, con la creación de los consejos obreros se repetía el error de creer que "el proletariado puede emanciparse ganando terreno en las relaciones económicas mientras el capitalismo conserva el poder político junto con el Estado".

26. Ibidem., p. 74.

Otro equivoco de la estrategia consejista, a su modo de ver, consistía en contraponer un órgano esencialmente corporativo: el consejo, al único instrumento de liberación del proletariado: el partido de clase, el partido comunista. En última instancia, de lo que se trata primeramente, estima Bordiga, es de la conquista del Estado por parte del partido, para posteriormente, ejercer el poder en la fábrica; en otras palabras, los consejos deben tener su génesis en las secciones locales del partido.

Luciano Gruppi, en su texto El concepto de Hegemonía en Gramsci, interpreta de este modo la postura de Bordiga:

"Bordiga parece pensar del modo más ortodoxo, del modo más rigurosamente marxista. Oculta a la vez, lo que en el marxismo es esencial: la capacidad de ver el proceso histórico. No ve que la conquista del poder estatal no puede sino ser el resultado de un proceso de lucha, de unificación de la clase obrera, de unificación de las fuerzas sociales alrededor del proletariado. La conquista del poder es el resultado de la capacidad de dirección de la clase obrera que debe madurar y comenzar a expresarse en la fábrica. Lo que Gramsci posee es precisamente el sentido del proceso" (27).

Asimismo, los sindicatos reformistas representados por la Federación de Metalúrgicos, acusan a los ordinovistas de "sindicalistas revolucionarios", "anarco-sindicalistas", y sobre todo, de querer anular el rol y la acción de los sindicatos tradicionales.

27. Gruppi, Luciano. El Concepto de Hegemonía en Gramsci. E. de Cultura Popular, México, 1978. p. 76.

Por su lado, Serrati, miembro de la dirección nacional del PSI, se escandaliza con la idea de otorgar derecho de voto a los trabajadores no sindicalizados, porque si así sucediera, el partido y los sindicatos perderían el control de los nuevos organismos.

La última gran manifestación consejista se suscitó la noche del 31 de agosto y primero de septiembre; en esta ocasión los consejos obreros asumieron todos los poderes fabriles. Los metalúrgicos permanecieron en huelga un mes entero, y las demás categorías diez días; la industria se paralizó en toda la provincia, y se suspendieron las comunicaciones.

Finalmente, la clase obrera turinesa quedó aislada del resto de Italia, y fue vencida por las mismas causas que determinaron el fracaso de la huelga de abril de 1919.

Con la derrota del movimiento obrero y la estrategia consejista, se cierra uno de los ciclos en la práctica política de Gramsci. Sin embargo, el "bienio rojo" (1918-20) constituye en la vida de Gramsci uno de los acontecimientos más ricos en lo que a la práctica política se refiere. De allí que en sus reflexiones de la cárcel el movimiento obrero turinés será un hecho de constante referencia.

Por lo pronto, es necesario destacar las características del movimiento consejista desde el punto de vista estratégico y organizativo. La revolución socialista, en tanto construcción de un nuevo Estado, planteaba, primeramente, la urgente necesidad de encontrar formas organizativas propias de la clase obrera y campesina.

Estas formas organizativas se identificaron en las comisiones internas. Las comisiones internas, en el ámbito de la estructura, organizan la autonomía obrera en la producción. Y en el de la superestructura, se forma la conciencia unitaria de clase. Al mismo tiempo, una cultura como crítica de la civilización capitalista, "una nueva atmósfera intelectual y moral".

En lo que se refiere a las relaciones del consejo de fábrica con el sindicato y el partido, el consejo de fábrica se propuso como un elemento de renovación del sindicato, que en estos momentos estaba bajo la dirección de los socialistas reformistas, y como elemento de renovación del partido socialista, capaz de formar cuadros obreros para liberar al Partido Socialista de sus retrasos y obstáculos.

Sin embargo, los consejos obreros no pudieron depurar a los sindicatos y al PSI de sus conductas reformistas y teorías economicistas. En el presente, algunos críticos de Gramsci señalan que ello se debió a que en cierto modo, subestimó la importancia del partido político. Sin embargo, basta leer los artículos de la época, para percatarse de la importancia decisiva que Gramsci siempre otorgó al partido en el desarrollo del proceso revolucionario.

En una misiva enviada a Palmiro Togliatti desde Viena, el 27 de enero de 1924, Gramsci expone, a su modo de ver, una de las causas fundamentales que determinó la derrota del movimiento ordinovista:

"En 1919 y 1920 cometimos un grave error al no atacar más decididamente a la dirección socialista, aún corriendo el riesgo de expulsión, haber constituido una fracción que saliera de los límites de Turín y que fuera algo más que la propaganda que podría hacer L'Ordine Nuovo" (28).

De todas maneras, las actividades consejistas representan un gran acontecimiento histórico y educativo:

"Porque demostró que es posible la unión práctica de los obreros y campesinos, y volvió a probar la urgente necesidad de luchar contra todo el mecanismo burocrático de las organizaciones sindicales, que son el apoyo más sólido de la obra oportunista de los parlamentarios y de los reformistas, tendiente a sofocar el movimiento revolucionario de las masas trabajadoras" (29).

#### B. FUNDACION DEL PCI

Después de los dramáticos acontecimientos que señalaron el fracaso de la estrategia de los consejos obreros y campesinos, Gramsci insiste con mayor fuerza en la transformación del Partido Socialista en Partido Comunista, cuyos primeros indicios vislumbra en el surgimiento de los grupos comunistas de fábrica.

28. Gramsci, Antonio. Escritos Políticos (1917-1933). Pasado y Presente, México, 1918, p. 188.

29. Gerratana, V.L., Magri y otros. Consejos Obreros y Democracia Socialista. Pasado y Presente, México, 1918, p. 221.

Observa que en los grupos comunistas de fábrica la figura histórica del PSI se está transformando en un partido de nuevo tipo, que deberá caracterizarse por su vinculación orgánica con las masas. Al interior de un proceso revolucionario que inicia con el control de la producción y culmina con la conquista del Estado.

La determinación de Gramsci por modificar al PSI aparece de manera más concreta aún en su artículo "El Partido Comunista", publicado en "L'Ordine Nuovo" el 9 de octubre de 1920.

"El Partido Socialista se descompone y deshace cada día, con una rapidez fulminante; en muy poco tiempo las tendencias han tomado una nueva configuración; puestas ante la responsabilidad de la acción histórica y de los compromisos contraídos al adherirse a la Internacional Comunista, los hombres y los grupos se han separado y desplazado; el equivoco centrista y oportunista ha ganado a una parte de la dirección del partido y ha sembrado la turbación y la confusión en las secciones. El deber de los comunistas en este fallo de las conciencias, de las fes, de las voluntades, en esta inundación de bajeza, de cobardía, de derrotismo, consiste en unirse fuertemente en grupos, concordarse, estar dispuestos para las consignas que se publiquen.

Los comunistas sinceros y desinteresados se basarán en las tesis aprobadas por el II Congreso de la III Internacional, en la disciplina leal a la autoridad suprema del movimiento obrero mundial, para desarrollar el debido y necesario trabajo con objeto de que lo más rápidamente posible se constituya la fracción comunista del Partido Socialista italiano, la cual, por el buen nombre del proletariado de Italia, tiene que convertirse nominal y realmente en el Congreso de Florencia, en el Partido Comunista italiano, sección de la III Internacional" (30).

30. Gramsci, Antonio. Antología. Siglo XXI, México, 1987, p. 115.

En el Congreso de Livorno, enero de 1921, se realiza la división definitiva del PSI; los maximalistas encabezados por Serrati obtienen la mayoría. Sostienen su adhesión formal a la Internacional Comunista, pero se niegan a cambiar el nombre del PSI y a expulsar a los reformistas, dos de las 21 condiciones dictadas por la Internacional para aceptar en su seno a un partido nacional. Dada esta situación, la fracción comunista se retira y funda el Partido Comunista de Italia. En el Comité Central la mayoría es bordiguiana; sólo hay dos ordinovistas: Gramsci y Terracini. A partir de ese instante, "L'Ordine Nuovo" se convierte en el órgano oficial del partido, y su línea política es definida por el extremismo de Bordiga.

Aunque el año de 1921 es señalado por una más intensa ofensiva fascista contra las organizaciones políticas y sindicales de la clase obrera, los socialistas reformistas y los comunistas, subestiman el peligro de una dictadura fascista.

El punto de vista del Partido Comunista Italiano al respecto, se da a conocer en las llamadas Tesis de Roma, una resolución política aprobada por el segundo congreso del partido en enero de 1922. Desde la perspectiva del PCI, Italia se dirige a una fase socialdemócrata que representará la disgregación del Partido Socialista. Entre tanto, el Partido Comunista debe esperar la disgregación del PSI, como condición para que la mayoría de la clase obrera, automáticamente se ponga bajo su dirección y la conduzca hacia la revolución proletaria.

En otros términos, las Tesis de Roma se caracterizan por la pasividad política, el fatalismo, y el doctrinarismo izquierdista; para los bordiguistas el PSI es el enemigo principal a combatir.

La organización del PCI debe considerarse como un fin en sí mismo, sin contaminarse con alianzas ni buscar vínculos más estrechos con las masas.

Pero, al poco tiempo, las posiciones asumidas por la dirección del PCI entran en contradicción con el nuevo programa político estratégico de la Internacional, propuesto por Lenin durante el III Congreso. Se establece una corrección de rumbo; la revolución proletaria, señalada como irreversible en 1918 y 1920, se ha manifestado como un proceso más complejo y de duración mucho más larga; las derrotas de las repúblicas soviéticas de Hungría y Baviera, y de las masivas huelgas europeas, así lo han demostrado.

Frente al reflujo de las acciones obreras, la reacción capitalista se reorganiza y pasa a la ofensiva.

Ante esta coyuntura, la Internacional propone la estrategia del "frente único obrero y campesino". Se aconseja a los partidos comunistas establecer acuerdos con los partidos y sindicatos socialdemócratas, tanto con las bases como con las direcciones. Los compromisos contraídos no deben limitarse a lo económico sino ampliarse hasta el nivel político. Los acuerdos de coalición deberán entenderse como objetivos intermedios, como etapas transitorias en la lucha proletaria por el poder de Estado.

Bordiga rechaza las nuevas orientaciones de la IC, acepta sólo un frente único sindical para la base, pero se opone al frente único político con los socialistas y a la consigna de gobierno obrero-campesino, en cuanto objetivo transitorio, y hasta sabotea algunos intentos de fusión con los socialistas.



Del conjunto de cartas intercambiadas con los distintos dirigentes comunistas italianos desde mediados de 1923, se desprende que Gramsci nunca "asumió por completo" las decisiones de Bordiga, aunque tampoco se atrevió a hacer explícitas sus diferencias, por varias causas de las que destacamos algunas.

A partir de la escisión de Livorno, el PCI surge como una minoría, en tales condiciones, una división más pondría en peligro su existencia misma como partido.

En el segundo congreso del PCI hace su aparición una corriente de derecha; por tanto, era necesario fortalecer la unidad, para evitar que el partido cayera en manos de los reformistas.

La extrema izquierda contaba con una tradición de trabajo político que fácilmente se traducía en una gran mayoría en el aspecto organizativo. En este sentido, cualquier oposición a la dirección bordiguiana hubiera sido derrotada.

Gramsci suponía que en caso de que iniciara una polémica en torno a la dirección del PCI, a quien apoyaría la Internacional sería al dirigente napolitano.

Y finalmente, pesaría demasiado en el ánimo de Gramsci la intransigencia de Bordiga, como lo señala en su carta a Togliatti del 27 de marzo de 1924:

"Estoy convencido de que él -Bordiga- es inamovible, estoy convencido, incluso, que él no dudaría en separarse del partido y de la Internacional, antes que trabajar contra sus convicciones.

Si no hubiera sido así, y si yo no hubiera tenido siempre esta profunda convicción, hubiera adoptado desde hace mucho tiempo otra actitud" (31).

Sin embargo, en el campo de la teoría, Gramsci se va distanciando de las explicaciones esquemáticas de Bordiga y su grupo en relación al fascismo. Ya desde su artículo "El Pueblo de los Simios", aparecido en "L'Ordine Nuovo" el 2 de enero de 1921, caracteriza al fascismo como un movimiento reaccionario que tiene como base a la pequeña burguesía.

"La pequeña burguesía se ha mostrado definitivamente en su verdadera naturaleza de sierva del capitalismo y de la propiedad terrateniente y de agente de la contrarrevolución. Pero también ha demostrado su fundamental incapacidad para cumplir cualquier objetivo histórico: el 'Pueblo de los Simios', llena la crónica, no crea historia, deja huellas en los periódicos, no ofrece materiales para escribir libros. La pequeña burguesía, después de haber arruinado al parlamento, está arruinando al Estado burgués: en escala cada vez mayor, reemplaza la autoridad de la ley por la violencia caótica, brutalmente, y provoca el levantamiento de estratos crecientes de la población contra el Estado, contra el capitalismo" (32).

Gramsci sostiene que si bien es cierto que la sociedad italiana atraviesa por una severa crisis económica y política, el Estado no se derrumbará por sí mismo.

31. Ibidem., p. 190.

32. Ibidem., p. 136.

Las clases dirigentes pueden apoyarse en otras capas sociales, como la pequeña burguesía, para recomponer su dominación de clase. Ante una crisis de hegemonía (dirección intelectual y moral), la base del Estado puede ser sustituida.

En mayo de 1922, Gramsci es enviado a Moscú como representante del PCI ante la Internacional Comunista: su participación en el IV Congreso -el último al cual asiste Lenin- tendrá efectos determinantes en su formación política.

Lenin, al participar en el Congreso, reconoció que las resoluciones aprobadas por el III Congreso eran "rusas hasta la médula" y que, en realidad, no se había comprendido cómo hacer llegar la experiencia rusa a los extranjeros. De allí que recomendará un estudio particularizado de cada situación nacional, para comprender la organización, el método y el contenido de la actividad revolucionaria.

De los debates del IV Congreso de la IC, Gramsci hará suyas dos ideas capitales: el desarrollo de las cualidades hegemónicas del proletariado sobre el conjunto de las clases subalternas, y la necesidad de traducir la lucha revolucionaria a las características propias de cada sociedad.

Basándose en las conclusiones del IV Congreso, Gramsci inicia a partir de 1923 la lucha contra Bordiga que culminará en 1926.

Más exactamente, es en mayo de 1923 cuando principia un intercambio de cartas con los integrantes del grupo turinés, y en una de ellas, dirigida a Togliatti desde Moscú, invita de manera abierta a un rompimiento con la dirección bordiguiana y a crear, al interior del partido, un núcleo con el "máximo de homogeneidad ideológica que pueda imprimir a la acción práctica un máximo de unicidad directiva" (33).

Gramsci llama a una vasta acción política para disgregar la tradición reformista personificada en el PSI, y menciona como ejemplo la experiencia soviética: sobre 350,000 miembros del Partido Comunista, sólo 50 mil son viejos bolcheviques; los otros 300 mil son mencheviques y socialrevolucionarios. Y sin embargo, la dirección del partido es bolchevique. En Italia puede suceder lo mismo, a condición de cambiar la actuación del partido, librarlo del fatalismo y estancamiento en que ha caído, mediante la creación de un nuevo grupo dirigente:

"Yo creo que nosotros, que nuestro grupo, debemos permanecer a la cabeza del partido porque estamos realmente en la línea del desarrollo histórico. Porque, no obstante nuestros errores, hemos trabajado positivamente y hemos creado algo; los otros no han hecho nada y hoy quieren accionar para liquidar el comunismo en Italia, para llevar a nuestro joven movimiento al ámbito tradicional" (34).

La creación del nuevo grupo dirigente que propone Gramsci, tiene como finalidad evitar que la minoría de derecha asuma la dirección del partido.

33. Ibidem., p. 175.

34. Ibidem., p. 176.

Desarrollar un conjunto de acciones políticas a partir de la concepción revolucionaria derivada del IV Congreso de la Internacional. De entrada, opuesta a la sostenida por Bordiga, quien colocó en primer plano y abstractamente el problema de la organización del partido como un fin en sí mismo. En consecuencia, el partido se alejó de las masas, careció de una actividad orgánica de agitación y propaganda e impidió que las masas se expresaran por sí mismas.

"No se ha concebido al partido como el resultado de un proceso dialéctico en el cual convergen el movimiento espontáneo de las masas revolucionarias y la voluntad organizativa y directiva del centro, sino como un al go en el aire que se desarrolla por sí mismo y en sí mismo, y al cual lle garán las masas cuando la situación sea propicia y la cresta de la oleada revolucionaria alcance su altura, o bien, cuando el centro del partido considere que debe abrir una ofensiva y se incline hasta las masas para estimularlas y llevarlas a la acción" (35).

Al traducir la lucha revolucionaria a las condiciones particulares de Italia, Gramsci realiza un análisis comparativo entre Rusia y los países europeos. Ubica los elementos que frenaron el desarrollo del proceso rev olucionario y, visualiza una estrategia alternativa:

"La determinación, que en Rusia era directa y lanzaba a las masas a la calle, al asalto revolucionario, en Europa Central y Occidental se compli ca con todas estas sobreestructuras políticas creadas por el superior desarrollo del capitalismo, hace más lenta y prudente la acción de las masas y exige, por tanto, al partido revolucionario toda una estrategia y una táctica mucho más complicadas y de más respiro que las que necesitaron los bolcheviques en el período comprendido entre marzo y noviembre de 1917" (36).

35. Ibidem., p. 200.

36. Ibidem., p. 201.

En la conferencia de Como del PCI -mayo de 1924-, la fracción de centro dirigida por Gramsci, prácticamente asume la dirección y sustituye a Bordiga. En esa conferencia, se plantea explícitamente la tarea de convertir al PCI en el partido de las más amplias masas italianas, de hacer del partido el instrumento que realice la hegemonía del proletariado, en el amplio cuadro de la alianza entre la clase obrera y las masas campesinas. La organización no es algo en sí mismo, sino que debe adecuarse y ser expresión de la línea política adoptada. Hay que romper el aislamiento y conquistar en la lucha cotidiana la dirección de la clase obrera, y establecer las alianzas necesarias para avanzar en la lucha hasta la toma del poder de Estado.

### C. LAS TESIS DE LYON Y LA CUESTION MERIDIONAL

El III Congreso del PCI se realiza en Lyon en enero de 1926. En las tesis allí sustentadas por Togliatti y Gramsci, por primera vez en la historia del movimiento obrero, se muestra un análisis minucioso de Italia en términos del pasado y presente. Ya Gramsci desde 1923, se lamentaba de la falta de un estudio marxista que explicara la estructura económica y social de Italia. Afirmaba que los partidos revolucionarios fracasaron porque no conocían la situación en que debían actuar, ni conocían el terreno en que hubieran debido dar la batalla y por lo tanto, carecían de una práctica concepción de la revolución.

"He aquí nuestra debilidad, he aquí la principal razón de la derrota de los partidos revolucionarios italianos: no haber tenido una ideología, no haberla difundido entre las masas, no haber fortificado las consciencias de los militantes con certezas de carácter moral y psicológico, ¿cómo asombrarse entonces de que algún obrero se haya vuelto fascista?..." (37).

Las Tesis señalan la característica central del capitalismo italiano: la de ser un capitalismo débil, dirigido por una burguesía que fue incapaz de romper con los elementos de atraso existentes en la sociedad italiana, y de imponer su proyecto político al conjunto de la nación. Por tanto, la clase industrial apeló a distintos recursos para asegurarse el control de toda la economía del país. Estos recursos consistieron, en definitiva, en un sistema de compromisos comerciales entre una parte de los industriales y una parte de las clases agrícolas, más precisamente, los grandes terratenientes.

Es decir, en Italia no existió la tradicional lucha económica entre industriales y agrarios, y por ende, la rotación de grupos dirigentes que ella determina en otros países. El acuerdo industrial-agrario se basó en una solidaridad de intereses entre algunos grupos privilegiados, en desmedro de los intereses generales de la producción, y de la mayoría de los trabajadores. Ese acuerdo determinó una acumulación de riqueza en manos de los grandes industriales como consecuencia de una expropiación sistemática de categorías enteras de la población, de regiones enteras del país.

Al no controlar la clase industrial toda la economía, tampoco logró organizar por sí sola la sociedad global y el Estado. El carácter del compromiso entre los industriales y agrarios, con el que se preserva la unidad nacional, coloca a las poblaciones trabajadoras del Mezzogiorno en una posición análoga a la de las poblaciones coloniales.

"La gran industria del Norte desempeña respecto a ellas, la función de las metrópolis capitalistas; en cambio, los grandes terratenientes y la propia burguesía meridional están en la situación de las categorías que en las colonias se alían a la Metrópoli para mantener sometida a la masa del pueblo trabajador" (38).

La debilidad del Estado se expresó con mayor fuerza en la posguerra, al producirse una máxima concentración económica en el campo industrial. Al mismo tiempo que se disgregaban las clases dirigentes y el Estado, el proletariado alcanzó el más alto grado de organización industrial, e incluso, las masas más atrasadas se pusieron en movimiento. Las grandes huelgas y la ocupación de fábricas se desarrollan contemporáneamente a la ocupación de las tierras.

Las clases dirigentes, para frenar la movilización de las masas obreras y campesinas, recurren a varias alternativas. El Vaticano y la Acción Católica, constituyen un partido que se propone integrar a las masas campesinas y a los dirigentes obreros al Estado burgués. Sin embargo, en un país desunido como Italia, las clases dirigentes y las clases intermedias se fraccionan:

38. Ibidem., p. 234.



"Cada grupo tiene sus propias exigencias de protección económica y autonomía política, y, en ausencia de un núcleo de clase homogéneo que sepa imponer con su dictadura, una disciplina de trabajo y producción a todo el país, derrotando, eliminando a los explotadores capitalistas y agrarios, el gobierno resulta imposible y la crisis del poder permanece continuamente abierta" (39).

En este período decisivo, el movimiento obrero es derrotado por sus propias deficiencias; resulta incapaz de ponerse al frente de la gran insurrección de la mayoría de la población. Por el contrario, la influencia de otras clases sociales paralizan su acción. En este sentido, la victoria del fascismo no es una victoria sobre la revolución, sino el resultado de la derrota sufrida por las fuerzas revolucionarias en función de sus limitaciones inherentes. El fascismo como movimiento de las clases dirigentes, entra en el marco de la política tradicional de lucha contra la clase obrera. De allí que en sus orígenes, en su organización y en su desarrollo, contara con el apoyo de los grupos industriales y terratenientes. Amenazados por la presión de las masas rurales y obreras, el fascismo tiene como base a la pequeña burguesía urbana y agraria. Posee una organización ideológica y organizativa heredada de las formaciones militares —el arditismo—, utilizadas por el ejército italiano en la Primera Guerra Mundial.

El fascismo modifica el modo tradicional de mantener la unidad del Estado:

"La táctica de los acuerdos y compromisos es sustituida por el proyecto de realizar una unidad orgánica de todas las fuerzas de la burguesía en un solo organismo político bajo el control de una central única que debería dirigir simultáneamente el partido, el gobierno y el Estado.

39. Ibidem., p. 230.

Este proyecto corresponde a la voluntad de resistir a fondo todo ataque revolucionario, lo que le permite al fascismo ganar la adhesión de la parte más resueltamente reaccionaria de la burguesía industrial y de los terratenientes" (40).

Pero la unidad orgánica es imposible: el fascismo sólo representa los intereses de una clase social, la élite financiera. Las Tesis señalan que no existe en Italia la posibilidad de una revolución que no sea la revolución socialista, y que la única clase que puede realizar esa transformación social es la clase obrera, en alianza con el campesinado. La estrategia será la del frente único, y la consigna el gobierno obrero y campesino, como fase de transición que liga el momento democrático con el momento socialista. Las instituciones y el instrumento en el que encarna este proceso revolucionario, serán el partido y los comités de obreros y campesinos. Se plantea la creación de un partido comunista que sea, efectivamente, el partido de la clase obrera y de las masas populares: un partido bolchevique.

Para ello se propone la unidad ideológica del partido sustentada en el marxismo y las teorías leninistas. La organización del partido debe construirse sobre la base del aparato productivo, a partir de células y comités de fábrica. De tal modo que se encuentre en posibilidad de dirigir a la clase obrera en los grandes movimientos históricos y en sus luchas cotidianas.

40. Ibidem., p. 235.

Pasada la crisis provocada por el asesinato del diputado Mateotti, el fascismo consolida posiciones y continúa la destrucción sistemática de los últimos vestigios de las organizaciones obreras, lo cual hace cada vez más difícil la aplicación del programa político propuesto por el PCI en Lyon. La Cuestión Meridional, texto escrito por Gramsci poco antes de su arresto, en noviembre de 1926, es la continuación y el enriquecimiento de las cuestiones que han ocupado su interés desde el fracaso de la experiencia consejista.

En un escrito que Gramsci somete a discusión preliminar en la reunión del Comité Directivo del Partido Comunista del 2 y 3 de agosto de 1923, sostiene que en los países de capitalismo avanzado la clase dominante posee reservas políticas y organizativas que no poseía en Rusia. Ello quiere decir que aún las crisis económicas gravísimas no tienen repercusiones inmediatas en el campo político. La política está siempre en retraso, y en gran retraso respecto de la economía. El aparato estatal es mucho más resistente de lo que a menudo suele creerse y logra organizar, en los momentos de crisis, fuerzas fieles al régimen, y más de lo que podría hacer suponer la profundidad de la crisis.

En La Cuestión Meridional, Gramsci pretende ubicar, precisamente, cuáles son esas reservas organizativas con las que ha contado el Estado italiano, de tal modo que sea viable la estrategia revolucionaria propuesta en Lyon, que tiene como finalidad esencial la unidad obrero-campesina. Alianza que sólo puede lograrse en la medida que el proletariado se transforme en clase dirigente y dominante.

"En la medida que logre crear un sistema de alianza de clases que le permita movilizar contra el capitalismo y el Estado burgués a la mayoría de la clase trabajadora, lo que significa en Italia, dadas las reales relaciones de clase existentes en Italia, en la medida que logre obtener el consenso de las grandes masas campesinas. Pero la cuestión campesina está en Italia históricamente determinada, no es la cuestión campesina y agraria en general; en Italia la cuestión campesina tiene, por la determinada tradición italiana, por el determinado desarrollo de la historia italiana, dos formas típicas y peculiares: la cuestión meridional y la cuestión vaticana" (41).

Conquistar a la mayoría de los campesinos significa comprender sus exigencias de clase, e integrarlas al programa revolucionario de transición. Pero para construir el socialismo, también debe allegarse la alianza de los intelectuales, que permanecen bajo la dirección burguesa, y dan al Estado la posibilidad de resistir al ímpetu proletario.

Gramsci sostiene que el sur de Italia constituye un gran bloque agrario compuesto por tres estratos: la masa campesina amorfa y atomizada; los intelectuales de la pequeña burguesía rural; los grandes terratenientes y los grandes intelectuales.

El conjunto del bloque es dominado por estos dos últimos grupos, pese al continuo fermento campesino. Gjustino Fortunato y Benedetto Croce, en el campo intelectual, son la síntesis de este bloque agrario:

41. Ibidem., p. 307.

"...Benedetto Croce ha cumplido una altísima función 'nacional', ha se-  
parado a los intelectuales radicales del sur de las masas campesinas, per-  
mitiéndoles participar de la cultura nacional y europea, y a través de es-  
ta cultura los ha hecho absorber por la burguesía nacional y, por tanto,  
por el bloque agrario" (42).

Gramsci termina La Cuestión Meridional señalando que sólo será posible  
destruir el bloque agrario meridional cuando el partido organice en forma  
ciones autónomas e independientes a masas cada vez más considerables de  
campesinos pobres, y al mismo tiempo, disgregue el bloque intelectual  
"que es la armadura flexible, pero muy resistente, del bloque agrario".

42. Ibidem., p. 324.

## CAPITULO II

### LA REVOLUCION EN ORIENTE Y OCCIDENTE

#### A. AMPLIACION DEL ESTADO

Como quedó de manifiesto en el primer capítulo, con el fracaso de la revolución en Italia, Gramsci inicia la búsqueda de una explicación de la derrota y, al mismo tiempo, la construcción de una estrategia revolucionaria adecuada a la situación económica y política creada por el fascismo.

En su análisis, Gramsci avanza la idea de que la revolución en Rusia habría sido posible porque el Estado lo era todo, y la sociedad civil era primitiva y gelatinosa. Es decir, en Oriente no existían los grandes partidos socialdemócratas, los amplios estratos proletarios, la aristocracia obrera y la burocracia sindical, todas esas sobreestructuras políticas creadas por el desarrollo superior del capitalismo en Europa Occidental, en donde el Estado sólo era una trinchera de avanzada, "detrás de la cual existía una robusta cadena de fortalezas y casamatas" (43).

Esta idea preliminar de la búsqueda iniciada por Gramsci en las Tesis de Lyon y la Cuestión Meridional, se despliega en la prisión e implica un desarrollo teórico conceptual que desemboca en la ampliación del concepto de Estado, articulado con la noción de hegemonía.

43. Op., cit., p. 95.

A partir de esto, deriva una nueva conceptualización de la política, y una estrategia revolucionaria de largo alcance: la guerra de posición.

En su obra teórica redactada en la cárcel, Gramsci propone, en el párrafo 97 del Cuaderno 6 su noción de Estado: "Estado= sociedad política+ sociedad civil, hegemonía acorazada de coerción" (44).

Mediante esta noción, el concepto tradicional de Estado se amplía, desborda al gobierno en tanto aparato coercitivo y administrativo (burocracia civil y militar). El Estado, en su funcionamiento, abarca a la sociedad civil, constituida por el conjunto de organismos llamados privados (escuelas, medios de comunicación, fábricas, organizaciones civiles); que propician y mantienen la dirección política y cultural de los grupos sociales dominantes sobre el conjunto de las clases subalternas.

"En la sociedad civil, el Estado desarrolla sus funciones educativas y formativas que tienen la finalidad de crear nuevos y más elevados tipos de civilización, y adecuar la civilización y la moralidad de las más vastas masas populares a las necesidades del continuo desarrollo del aparato económico de producción y por ende, elaborar físicamente los nuevos tipos de humanidad" (45).

Para Gramsci la distinción entre sociedad política y sociedad civil, en el ámbito estatal, es metodológica. En realidad, entre la sociedad política y la sociedad civil existe una relación de organicidad.

44. Gramsci, Antonio. Cuadernos de la Cárcel. Vol. III, Era, México, 1984, p. 76.

45. Gramsci, Antonio. Notas Sobre Maquiavelo. Juan Pablos, México, 1975, p. 112.

La sociedad política y la sociedad civil no son más que dos formas expresivas del Estado. Al analizar la concepción liberal del Estado (como organización política-jurídica en sentido estricto) que reduce sus funciones a la tutela del orden público y al respeto de las leyes, Gramsci sostiene que este tipo de Estado no ha existido jamás. En esta forma de régimen "la dirección del desarrollo histórico pertenece a las fuerzas privadas, a la sociedad civil, que es también Estado o mejor, que es el Estado mismo" (46).

El concepto de sociedad civil en Gramsci tiene una doble dimensión: económica y político-cultural. Buci Glucksmann observa que este concepto de sociedad civil, excede el modelo de Hegel o el del joven Marx, para quienes la sociedad civil hacía referencia al sistema de producción.

En un sentido, el concepto gramsciano de sociedad civil nos remite a las sociedades capitalistas, o sea, a las condiciones de vida material, al sistema de producción, pero implica también a los aparatos ideológicos y culturales de la hegemonía, al aspecto pedagógico o ético del Estado.

"Cada Estado es ético en cuanto una de sus funciones más importantes es la de elevar a la gran masa de la población a un determinado nivel cultural y moral, nivel (o tipo) que corresponde a las necesidades de desarrollo de las fuerzas productivas y por consiguiente, a los intereses de las clases dominantes.

46. Op., cit., p. 164.



La escuela como función educativa positiva y los tribunales como función educativa represiva y negativa, son las actividades estatales más importantes en tal sentido. Pero en realidad, hacia el logro de dicho fin tienen una multiplicidad de otras iniciativas y actividades denominadas privadas, que forman el aparato de hegemonía política y cultural de las clases dominantes" (47).

Es en este sentido que Gramsci amplía el concepto tradicional de Estado, al incorporar la hegemonía y su aparato (sociedad civil) al Estado mismo.

El desarrollo teórico del Estado ampliado se entrelaza con el principio teórico práctico de la hegemonía.

La hegemonía, como la entiende Gramsci, hace referencia a la dirección intelectual y moral que un grupo social ejerce sobre el conjunto de la sociedad.

Esa hegemonía es de orden económico porque se construye desde el aparato de producción, pero supone, al mismo tiempo un desarrollo rico y articulado de las superestructuras. Como condición para conformar el aparato de hegemonía de la clase dirigente. La construcción y el funcionamiento del aparato de hegemonía es responsabilidad de las categorías de intelectuales orgánicos. Estas categorías de intelectuales son creadas por la clase dirigente en el proceso mismo de su constitución como tal.

47. Op., cit., p. 161.

"Todo grupo social como nace en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea al mismo tiempo y orgánicamente, una o más capas de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de su propia función, no sólo en el campo económico, sino también en el social y político: el empresario capitalista crea consigo mismo el técnico industrial, el científico de la economía política, el organizador de una nueva cultura, de un nuevo derecho, etc." (48).

A partir de sus investigaciones historiográficas, Gramsci concluye que la construcción de la hegemonía se articula en torno a 3 momentos fundamentales de la relación de fuerzas sociales: el primer momento se vincula a una relación de fuerzas sociales estrechamente ligadas a la estructura, independiente de la voluntad de los hombres. En tanto que es sobre la base del grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción como se realizan los reagrupamientos sociales, cada uno de los cuales representa una función y tiene una posición determinada en la producción misma.

El segundo momento es el político, ligado al grado de autoconciencia, de homogeneidad, alcanzado por los diferentes grupos sociales. Este momento, a su vez, puede ser analizado en diferentes grados: el primero y más elemental es el económico corporativo. Un segundo momento, es aquel donde se logra la conciencia de la solidaridad de intereses entre todos los miembros del grupo social, pero todavía en el campo meramente económico. Ya en este momento se plantea la cuestión del Estado, pero sólo para lograr una igualdad jurídica y política.

48. Gramsci, Antonio. Antología. Siglo XXI, México, 1987, p. 388.

Un tercer momento, es aquel donde se logra la consciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan los límites de la corporación, y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados.

"Esta es la fase más estrictamente política, que señala el neto pasaje de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas, es la fase en la cual las ideologías ya existentes se transforman en partido, se confrontan y entran en lucha hasta que una sola de ellas o al menos una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, imponerse, a difundirse por toda el área social, determinando además de los fines económicos y políticos, la unidad intelectual y moral (...) creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados" (49).

Y el tercer momento, es el de la relación de fuerzas militares o momento estratégico.

Gramsci sostiene que en los regímenes parlamentarios, el ejercicio de la hegemonía se caracteriza por una combinación de la fuerza y el consenso, sin que la fuerza supere demasiado al consenso, sino que más bien aparezca apoyada por el consenso de la mayoría. Es decir, el ejercicio de la hegemonía comporta un carácter dinámico.

De ahí que la teorización de la hegemonía se halle entrelazada a la valoración de su antítesis: la crisis de hegemonía. La crisis de hegemonía o crisis orgánica, en su aspecto político, se caracteriza por un divorcio entre la sociedad política (momento de la fuerza) y la sociedad civil (momento del consenso, de fuerzas ideológicas).

Gramsci afirma que en una crisis orgánica los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales. Esto significa que los partidos tradicionales, con la organización que presentan y con los hombres que los representan y dirigen, ya no son reconocidos como expresión propia de su clase o de una fracción de ella.

¿Cómo se forman estas situaciones de contraste entre representantes y representados?, Gramsci responde que en cada país el proceso es diferente, aunque el contenido sea el mismo. Y el contenido es la crisis de hegemonía o crisis del Estado en su conjunto. La crisis de hegemonía puede ocurrir ya sea porque la clase dirigente fracasó en alguna empresa política para la cual demandó o impuso por la fuerza el consenso de las grandes masas (la guerra por ejemplo) o bien, porque vastas masas pasaron de la pasividad política a una cierta actividad y plantearon reivindicaciones que en su caótico conjunto constituyen una revolución. Pero también se puede suscitar una crisis orgánica por causas meramente mecánicas, por desagregación del bloque histórico (unidad estructura superestructura) que no necesariamente se traduce en una intensificación de la actividad de las clases populares.

La crisis orgánica, nos dice Gramsci, crea situaciones peligrosas inmediatas, porque los diversos estratos de la población no tienen la misma capacidad de orientarse rápidamente y de reorganizarse con el mismo ritmo.

En cambio, la clase dirigente tradicional posee un numeroso personal adiestrado:

"Cambia hombres y programas y reasume el control que se le estaba escapando con una celeridad mayor de cuanto ocurre en las clases subalternas; si es necesario hace sacrificios, se expone a un porvenir oscuro cargado de promesas demagógicas, pero se mantiene en el poder, lo refuerza por el momento y se sirve de él para destruir al adversario y dispersar a su personal directivo que no puede ser numeroso y adiestrado" (50).

Gramsci, mediante conceptos tales como transformismo, cesarismo y revolución pasiva, señala algunas de las posibilidades de las clases dirigentes para recomponer su dominación. Estas salidas a una situación de crisis orgánica son variantes de un proceso de recomposición política que Gramsci conceptualiza como revolución restauración.

La solución cesarista a la crisis de hegemonía, tomaría cuerpo en el momento en que ningún grupo social, ni el conservador ni el progresista, tiene fuerzas como para vencer y que el mismo grupo conservador tiene necesidad de un jefe.

"Se puede decir que el cesarismo expresa una situación en la cual las fuerzas en lucha se equilibran de una manera catastrófica, o sea de una manera tal que la continuación de la lucha no puede menos que concluir con la destrucción recíproca. Cuando la fuerza progresiva A lucha con la fuerza regresiva B, no sólo puede ocurrir que A venza a B o viceversa, puede ocurrir también que no venzan ninguna de las dos, que se debiliten recíprocamente y que una tercera fuerza C intervenga desde el exterior dominando a lo que resta de A y de B" (51).

50. Op., cit., p. 77.

51. Op., cit., p. 84.

Gramsci también nos dice que pueden darse soluciones cesaristas sin una gran personalidad "heroica" y representativa. Todo gobierno de coalición es un grado inicial de cesarismo que puede o no desarrollarse hasta los grados más significativos.

Por su parte, el recurso político al transformismo consistiría en la absorción molecular de los intelectuales de las clases subalternas para privarlas de su propia dirección y debilitarlas.

Y la revolución pasiva, en cuanto respuesta a la crisis orgánica, se liga a la práctica política en la que una clase se sirve del Estado para desarrollar su propia carrera histórica. Para ello incorpora algunos intereses de las clases subalternas "para no dejarse 'superar' por la oposición dialéctica" y asimilar a los representantes de los grupos sociales adversarios.

De lo anterior se desprende que la crisis de hegemonía o crisis de Estado en su conjunto, no desemboca necesariamente en una revolución.

El aparato estatal es mucho más resistente de lo que a menudo suele creerse y logra organizar, en los momentos de crisis, fuerzas fieles al régimen, que reestructuran el bloque histórico en el poder, alrededor del predominio de una clase o fracción de clase.

Gramsci sostiene que en los países capitalistas desarrollados, la relación burguesía-proletariado, está mediada por la existencia de un amplio espectro de estratos sociales medios cuya importancia es muy significativa en la crisis de hegemonía.

"A mi parecer, el fenómeno es este: en dichos países, entre el proletariado y el capitalismo se extiende un amplio estrato de clases medias que quieren, y en cierta medida logran, llevar una política propia, con ideologías que a menudo influyen sobre vastos estratos del proletariado, pero que tienen una particular sugestión sobre las masas campesinas" (52).

Si en una crisis de hegemonía el Estado sólo es una trinchera de avanzada, detrás de la cual existe una cadena de fortalezas y casamatas, ¿cómo construir la hegemonía de las clases subalternas, es decir de la clase obrera y campesina?

La creación de la hegemonía de los agrupamientos subalternos, al interior de una relación de fuerzas, pasa por la simultánea conformación de una voluntad nacional-popular y una reforma intelectual y moral o ética-política.

En Gramsci el concepto ampliado de Estado sugiere que una clase que se proponga el hecho de la hegemonía, está obligada a ser autogestionaria en lo económico y en lo político. Y, al mismo tiempo, trascender su aspecto corporativo al asumir los intereses inmediatos y futuros de los grupos sociales sobre los cuales ejerce su dirección.

El resultado de una relación hegemónica entre la clase dirigente y las clases aliadas es el ejercicio inédito de formas democráticas. Una adecuación permanente de las instituciones de masas al movimiento real.

"Una capacidad de equilibrar el impulso de la base con las directrices de la superioridad, una inserción continua de los elementos que surgen de lo profundo de la masa en el sólido cuadro del aparato de dirección, el cual asegura la continuidad y la acumulación regular de las experiencias" (53).

Este proceso de reunificación de todos los sujetos revolucionarios de una sociedad cristaliza en la conformación de una voluntad nacional-popular.

Sin embargo, una clase subalterna, para configurarse como hegemónica, está obligada a producir, al mismo tiempo, una reforma intelectual y moral o ética-política.

La reforma intelectual y moral, se liga al problema de la creación de una cultura de las clases subalternas, una nueva civilta.

Para Gramsci la reforma intelectual y moral se inicia como proceso cuando se produce en las clases subalternas el espíritu de escisión.

"O sea la progresiva adquisición de la consciencia de la propia personalidad histórica, espíritu de escisión que debe tender a extenderse de la clase protagonista a las clases aliadas potenciales" (54).

En el pensamiento político de Gramsci, el espíritu de escisión, la conciencia de formar parte de la fuerza hegemónica (o sea consciencia política), es la primera fase de una ulterior y progresiva autoconsciencia.

53. Op., cit., p. 104.

54. Op., cit., p. 55.



Es decir, es la fase elemental para la posterior unificación de la teoría y la práctica.

Pero, nos dice Gramsci, una "masa" no se "distingue" y no se hace independiente sin organizarse y no hay organización sin intelectuales, o sea sin organizadores y dirigentes. Esta dialéctica intelectuales-masas, mediada por instituciones organizativas propias incluye, como vimos anteriormente, una identificación tendencial entre teoría y práctica. Es decir, la identificación entre filosofía e historia. Es bajo esta temática que Gramsci recupera la dimensión más profunda de la tesis 11 de Feuerbach: los filósofos hasta ahora han explicado al mundo y que ahora se trata de transformarlo: "La hegemonía realizada significa la crítica real de una filosofía, su real dialéctica" (55).

En este sentido, la dialéctica clase/intelectuales/masas, se entrelaza con una concepción del mundo que se manifiesta como lucha cultural por transformar la mentalidad popular, como superación del modo de pensar precedente y del mundo cultural existente.

La formación de la voluntad nacional-popular y la reforma intelectual y moral, en tanto elementos articulados en la realización de la hegemonía, se desarrollan plenamente en la fundación de un Estado, como ineludible fase de transición hacia el socialismo. Gramsci afirma que la unidad histórica de una clase, sólo se produce en el Estado, mientras no sea una clase fundadora de Estado, será aún una clase subordinada y desligada de la sociedad civil.

55. Op., cit., p. 80.

La hegemonía traducida en Estado continúa el proceso de crear otra civilización, un nuevo tipo de hombre y ciudadano para determinar la voluntad de construir, en el marco de la sociedad política, una sociedad civil compleja y articulada. En la que el individuo, visto en su particularidad, se gobierne por sí mismo. Sin que por ello entre en conflicto con la sociedad política, sino por el contrario, se convierta en su continuación normal, en su complemento orgánico. Hasta la completa absorción de la sociedad política en la sociedad civil y, en consecuencia, el advenimiento de la sociedad regulada (extinción del Estado).

La reflexión gramsciana en torno a la conversión de una clase subalterna en hegemónica, se entretiene con una preocupación política inmediata: formular una hipótesis revolucionaria nueva. Una estrategia que, dadas las condiciones de resistencia del capitalismo desarrollado, supere la idea de una guerra de movimiento (lucha frontal) para Occidente, aplicada exitosamente en Rusia.

#### B. GUERRA DE MOVIMIENTO Y GUERRA DE POSICION

La guerra de movimiento o lucha frontal, y la guerra de posiciones o lucha hegemónica, son conceptos militares antagónicos, que Gramsci traduce a la ciencia política para caracterizar los distintos momentos por los que ha atravesado la lucha de clases tanto en Oriente como en Occidente.

En sus reflexiones historiográficas, Gramsci descubre la alternancia de la guerra de movimiento y la guerra de posición en el desarrollo de la lucha de clases en Europa y en Oriente.

"En la Europa de 1789 a 1870 se ha tenido una guerra de movimiento (política) en la Revolución Francesa y una larga guerra de posición de 1815 a 1870, en la época actual, la guerra de movimiento se ha desarrollado políticamente desde marzo de 1917 hasta marzo de 1921, y es seguida por una guerra de posición, cuyo representante además de práctico (para Italia), ideológico (para Europa), es el fascismo" (56).

Gramsci sostiene que el concepto de revolución permanente, o guerra de movimiento surgió hacia 1848, como expresión científica del economicismo, durante una etapa histórica en la que aún no existían los grandes partidos políticos y los grandes sindicatos. Concepto que posteriormente sería ajustado y superado en el concepto de hegemonía, como la única estrategia posible para Occidente.

"La guerra de posiciones, en política, es el concepto de hegemonía, que sólo puede nacer después del advenimiento de ciertas premisas, a saber las grandes organizaciones populares de tipo moderno, que representan las trincheras y las fortificaciones de la guerra de posiciones" (57).

De ahí la crítica de Gramsci a Trotsky, en tanto teórico de la revolución permanente. Trotsky subestima las condiciones económicas y políticas de las sociedades capitalistas avanzadas. La teoría de la revolución permanente, dice Gramsci, es un reflejo de la situación específicamente rusa.

56. Gramsci, Antonio. El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce. Juan Pablos, México, 1975, p. 193.

57. Op., cit., p. 244.

Es el reflejo de las condiciones económico-cultural-sociales de un país en donde los cuadros de la vida nacional son embrionarios y desligados y no pueden transformarse en "trincheras o fortalezas".

"En este caso se podría decir que Bronstein, que aparece como occidentalista, era en cambio cosmopolita, es decir, superficialmente nacional y superficialmente occidentalista o europeo. Illich, en cambio, era profundamente nacional y profundamente europeo" (58).

En este párrafo, Gramsci recuerda la intervención de Lenin en el III y IV Congreso de la Internacional, en el cual se propuso la estrategia del frente único, que surgió como resultado de una evaluación de las capacidades de resistencia del capitalismo, diversa a la realizada en los primeros años de la Internacional en los que se afirmaba la inminencia de la revolución.

"Sólo que Illich no tuvo tiempo de profundizar la fórmula aun teniendo en cuenta el hecho de que podía ser profundizada sólo teóricamente, mientras que la tarea fundamental era nacional, es decir, exigía un reconocimiento del terreno y una fijación de los elementos de trinchera y fortaleza representados por los elementos de la sociedad civil" (59).

La relaboración de la guerra de posición en Gramsci, asume un carácter eminentemente político, redefine el terreno de la lucha por la hegemonía de las clases subalternas, mediante la asunción del desarrollo complejo del capitalismo. En cuanto determinación de las organizaciones estatales como complejo de asociaciones operantes en la vida civil.

58. Op., cit., p. 95.

59. Op., cit., p. 95.

Las cuales funcionan como 'trincheras' y fortificaciones en las estructuras macizas de las democracias modernas.

No obstante, es necesario precisar, la guerra de posición no excluye ninguna forma de lucha del proletariado. La guerra de posición funciona como un ordenador político de las diferentes manifestaciones de la lucha, sin olvidar la confrontación militar, como una etapa decisiva en la lucha por el poder de Estado.

La guerra de posición, representa la respuesta al viraje de la Tercera Internacional en 1929 (clase contra clase) e implica, al mismo tiempo, una consideración sobre la organización fundada en una teoría orgánica, antieconomicista de las clases subalternas. Los ejes teóricos de la hegemonía o guerra de posición los constituyen, como se pudo apreciar en páginas anteriores, una concepción ampliada de Estado y la determinación de la sociedad como un sistema hegemónico específico y particularmente nacional. Así como la caracterización de la clase a partir de su incorporación a un amplio bloque social revolucionario, y su constitución en fuerza hegemónica, en tanto dirigente de una reforma intelectual y moral.

El objetivo de la guerra de posición, en tanto acción política hegemónica de largo alcance, se sitúa en el pasaje de la situación de clase a la conformación de una voluntad popular en Italia. En las nuevas condiciones de desarrollo capitalista. La guerra de posición, por último, se plantea como una forma de pensar y hacer política, diferente al insurreccionalismo y al parlamentarismo liberal.

### CAPITULO III

#### FILOSOFIA, POLITICA Y CULTURA

##### A. INTELLECTUALES Y FRENTE CULTURAL

Pensada como estrategia que se funda en la consideración del carácter complejo del Estado en el capitalismo, la guerra de posición acentúa la importancia de la cultura como un factor imprescindible en el devenir de una clase subalterna en hegemónica. Ello no la convierte en una estrategia culturalista, en tanto que la dirección cultural constituye una dimensión no autónoma ni autosuficiente de la hegemonía en cuanto hecho integral.

Gramsci sostiene que un grupo social no se vuelve hegemónico si no crea, junto con su dirección política, una reforma intelectual y moral: una nueva cultura que produzca y exprese la modificación de las costumbres y de todas las formas de pensar y de actuar de las más vastas masas populares. De este modo, la reforma intelectual y moral se convierte en el terreno para el desarrollo de la voluntad colectiva nacional popular, para el cumplimiento de una forma superior y total de civilización moderna.

La reforma intelectual y moral en cuanto mutación de las formas de pensar y obrar se articula con el proceso de la lucha hegemónica y de la construcción de una nueva hegemonía, en cuanto momento necesario y decisivo de éste. Ella supone la producción de una concepción y una práctica social de carácter crítico, por donde implica la superación de la escisión entre las masas -los "simples"- y la alta cultura, al tiempo que la construcción de nexos orgánicos entre los intelectuales y las masas.

De allí que traiga aparejada la necesidad de una nueva filosofía, que rompa la marginación de los "simples" en el sentido común, y transforme tanto a éste como a la alta cultura, procurando al mismo tiempo un tejido práctico en el que la articulación entre los intelectuales y los "simples" apunta no a limitar la actividad científica y mantener la unidad al bajo nivel de las masas, "sino a construir un bloque intelectual-moral que haga posible un progreso intelectual de masas y no sólo para pocos grupos intelectuales" (60).

La reforma intelectual y moral entendida como relación orgánica entre intelectuales y masas redefine el concepto tradicional de intelectual. Gramsci ensancha la noción de intelectual: el intelectual es un organizador, y en este sentido amplio todos los seres humanos son intelectuales, aunque no todos desempeñan la función de intelectuales en una sociedad de terminada.

Gramsci afirma que la distinción entre intelectuales y no intelectuales sólo se refiere a la función inmediata de la categoría profesional de los intelectuales. Subraya la dirección en que gravita el mayor peso de la actividad específica profesional, tanto en la elaboración intelectual como en el esfuerzo nervioso y muscular. Para Gramsci, se puede hablar de intelectuales pero no tiene sentido hablar de no intelectuales, porque estos no existen.

"No hay actividad humana de la que se pueda excluir toda intervención intelectual, no se puede separar el 'homo faber' del 'homo sapiens', cada hombre, considerado fuera de su profesión, despliega una cierta actividad intelectual, o sea es un 'filósofo', un artista, un hombre de buen gusto, participa en una concepción del mundo, tiene una línea de conducta moral, y por eso contribuye a sostener o a modificar una concepción del mundo, y a suscitar nuevos modos de pensar" (61).

Gramsci critica el tipo tradicional y vulgarizado de intelectual cristalizado en el literato, el filósofo y el artista que pretenden ser "los verdaderos intelectuales" y se conciben a sí mismos como autónomos e independientes de los agrupamientos sociales fundamentales.

"Esta autoposición no carece de consecuencias en el campo ideológico y político, consecuencias de vasto alcance: toda la filosofía idealista se puede referir fácilmente a esta posición asumida por el complejo social de los intelectuales y define la expresión de esa utopía social según la cual los intelectuales se creen 'independientes', autónomos, investidos de sus propios caracteres, etc." (62).

La imagen que estos intelectuales tienen de sí mismos está determinada por su relación con el mundo de la producción, que no es inmediata, como ocurre con los grupos sociales fundamentales, "sino que es 'mediata' en grado diverso en todo el tejido social y en el complejo de la superestructura de la que los intelectuales son 'los funcionarios'" (63).

61. Gramsci, Antonio. Los intelectuales y la organización de la cultura. Juan Pablos, México, 1975, p. 15.

62. Op., cit., p. 13.

63. Op., cit., p. 17.



Los intelectuales, en las dos dimensiones estatales (sociedad política y sociedad civil), difunden la hegemonía de la clase dominante en el conjunto de la sociedad. Los intelectuales, dice Gramsci, en ciertas circunstancias, son "los empleados" de la clase dirigente para la dirección intelectual y moral y del gobierno político. En la sociedad civil suscitan el consenso espontáneo de las grandes masas de la población a la dirección impuesta por el grupo social dominante, consenso que históricamente nace del prestigio y la confianza detentada por el grupo dominante, de su posición y de su función en el mundo de la producción. Y en la sociedad política (aparato de coerción estatal) los intelectuales aseguran "legalmente" la disciplina de aquellos grupos en las situaciones en que el consenso espontáneo peligra.

Por ello, una clase subalterna que se constituya como hegemónica está obligada a formar sus propios intelectuales.

"El problema de la creación de un nuevo grupo intelectual, consiste, por lo tanto, en elaborar críticamente la actividad que existe en cada uno en cierto grado de desarrollo, modificando su relación con el esfuerzo muscular y nervioso en un nuevo equilibrio, logrando obtener que el mismo esfuerzo muscular y nervioso que como elemento de una actividad práctica general innova constantemente el mundo físico y social, llegue a ser el fundamento de una nueva e integral concepción del mundo. (...) en el mundo moderno, la educación técnica, ligada estrechamente al trabajo industrial, aun el más primitivo y descalificado, debe formar la base del nuevo tipo de intelectual" (64).

Gramsci, recordando su época de militante político, señala que esa fue la dirección que se le imprimió al semanario L'Ordine Nuovo: desarrollar una nueva intelectualidad que correspondiera a las aspiraciones y a las formas reales de vida obrera. Para modelar un tipo intelectual diferente, insertado activamente en la vida práctica, como constructor, organizador,

"... 'persuasivo permanentemente' no como simple orador —y sin embargo superior al espíritu matemático abstracto; a partir de la técnica-trabajo llega a la técnica-ciencia y a la concepción humanista histórica, sin la cual se es 'especialista' y no se llega a ser 'dirigente' (especialista más político)" (65).

Gramsci, al ampliar la noción de intelectual, pretende evitar la supe-  
ditación de la clase obrera a una aristocracia intelectual. Y al contra-  
rio, concebir un proceso hegemónico en el que amplios estratos proleta-  
rios se eleven intelectualmente, otorgando personalidad al difuso elemen-  
to de masa.

"De allí se deducen determinadas necesidades para cada movimiento cul-  
tural que tienda a sustituir al sentido común y las viejas concepciones  
del mundo en general: 1. No cansarse jamás de repetir los argumentos (va-  
riando literalmente la forma): la repetición es el medio didáctico más  
eficaz para obrar sobre la mentalidad popular; 2. Trabajar sin cesar para  
elear intelectualmente a más vastos estratos populares, esto es, para  
dar personalidad al amorfo elemento de masa, cosa que significa trabajar  
para suscitar élites de intelectuales de un nuevo tipo, que surjan direc-  
tamente de la masa y que permanezcan en contacto con ella, para llegar a  
ser 'ballenas de corsé' " (66).

65. Ibid., p. 15.

66. Ibid., p. 26.

ESTA TESIS NO DEBE  
SALIR DE LA BIBLIOTECA

De este modo, el concepto gramsciano de guerra de posición destaca como decisivo un frente cultural, que apunta a producir un bloque intelectual-moral que tiene su núcleo esencial en la unidad orgánica entre intelectuales y masas, y supone una revaloración estratégica de las llamadas superestructuras: las ideologías y la cultura.

"Para la filosofía de la praxis, las ideologías no son ciertamente arbitrarias, son hechos históricos reales que es preciso combatir y develar en su naturaleza de instrumentos de dominio, no por razones de moralidad, etc., sino justamente por razones de lucha política; para tornar intelectualmente independientes a los gobernados de los gobernantes, para destruir una hegemonía y crear otra, como momento necesario de la subversión de la praxis" (67).

Si las ideologías cumplen una función social de organización y de dirección hegemónica, entonces, a su modo, todos los hombres y mujeres manifiestan, en su hacer y pensar una concepción del mundo, una "filosofía espontánea".

Gramsci sostiene que la "filosofía espontánea" propia de todo mundo, se halla contenida:

"1) en el lenguaje mismo, que es un conjunto de nociones y conceptos determinados, y no simplemente de palabras vaciadas de contenido; 2) en el sentido común, y en el buen sentido; 3) en la religión popular y, por consiguiente, en todo el sistema de creencias, supersticiones, opiniones, maneras de ver y obrar que se manifiestan en lo que se llama generalmente 'folklore' " (68)

67. Ibid., p. 34.

68. Ibid., p. 11.

Gramsci afirma que los individuos que participan de una concepción del mundo (filosofía espontánea) que no es coherente ni crítica, sino ocasional y disgregada, pertenecen simultáneamente a una multiplicidad de hombres masa, y la propia personalidad se forma de manera caprichosa:

"Hay en ella elementos del hombre de las cavernas y principios de la ciencia más moderna y avanzada; prejuicios de las etapas históricas pasadas, groseramente localistas, e intuiciones de una filosofía del porvenir que será propia del género humano mundialmente unificado" (69).

En este sentido, los grupos sociales que pretenden volverse hegemónicos, están obligados a producir, a través de sus intelectuales, sus instituciones, su pensamiento y sus prácticas, una elaboración crítica que torne consciente su concepción del mundo, configurando una autonomía cultural capaz de constituirse en dirección hegemónica alternativa.

Para Gramsci, la autonomía intelectual de las clases subalternas sólo puede lograrse si entre los intelectuales y los 'simples' se da la misma unidad orgánica que debe existir entre teoría y práctica.

Ello implica un movimiento cultural filosófico en el que la elaboración de un pensamiento superior y científicamente coherente se entrelaza de modo permanente con los problemas prácticos de las clases dirigidas. Sólo así se crea el bloque cultural y social.

"Sólo mediante este contacto una filosofía deviene 'histórica' se depura de los elementos intelectualistas de naturaleza individual y se hace 'vida' " (70).

69. Ibid., p. 12.

70. Ibid., p. 18.

Esta vinculación entre los intelectuales y los 'simples' está asegurada, en Gramsci, por la política. El desarrollo de una hegemonía supone una unidad intelectual y una moral conforme a una concepción del mundo que ha superado el sentido común y se ha tornado crítica. Pero, al mismo tiempo:

"La realización de un aparato hegemónico, en cuanto crea un nuevo terreno ideológico, determina una reforma de las conciencias y de los métodos de conocimiento, es un hecho de consciencia, un hecho filosófico"(71).

De allí que afirme que los avances de Lenin en torno a la hegemonía constituyen un enorme progreso de orden filosófico y cultural.

Si la realización de una hegemonía se entrelaza con la puesta en práctica de una filosofía, entonces se comprende toda la preocupación de Gramsci por reformular la filosofía de la praxis.

Es a la luz de esta problemática que Gramsci actualiza la proposición de Antonio Labriola, en el sentido de que la filosofía de la praxis constituye una corriente filosófica autónoma. El marxismo, dice Gramsci, contiene en sí mismo todos los elementos para convertirse de metodología de la historia en filosofía general.

"...que tenga los caracteres de masa de la reforma protestante y del Iluminismo francés, los caracteres de clasicidad de la cultura griega y del Renacimiento italiano, una cultura que, retomando las palabras de Carducci, sintetice a Maximiliano Robespierre con Emanuel Kant, la política y la filosofía, en una unidad dialéctica de un grupo social, no sólo franceses o alemán, sino europeo y mundial" (72).

71. Ibid., p. 48.

72. Ibid., p. 197-98.

## B. FILOSOFIA DE LA PRAXIS

La búsqueda de una filosofía del marxismo autónoma e independiente apunta a asegurar un terreno radicalmente nuevo para la filosofía del marxismo, en relación con todas las filosofías anteriores, incluida la de Hegel. Es decir, una filosofía vinculada a la historia y que al mismo tiempo sea política.

La onceava tesis de Marx sobre Feuerbach (los filósofos no han hecho más que interpretar al mundo, se trata ahora de transformarlo) funciona en Gramsci como una instancia teórica que le permite demostrar aquello que verdaderamente separa a la filosofía del marxismo de las otras filosofías: la unidad entre teoría y práctica, la praxis.

Hasta la filosofía clásica alemana, dice Gramsci, la filosofía se concibió como una actividad receptiva u ordenadora, orientada al conocimiento de un mecanismo que funciona objetivamente fuera del hombre. La filosofía clásica alemana incorporó el concepto de creatividad del pensamiento, pero en un sentido idealista y especulativo. No obstante, para Gramsci, Hegel constituye el primer intento de superación del dualismo idealismo-materialismo.

Hegel, a caballo entre la Revolución Francesa y la Restauración, es la culminación teórica de un proceso cultural, dialectiza el materialismo y el idealismo haciendo surgir al hombre que no obstante, "camina de cabeza". La identidad entre lo racional y lo real de Hegel es ya la superación del dualismo, aunque sea de modo especulativo.

"Ello constituye un descubrimiento de gran envergadura, una auténtica revolución en la forma de pensar y conocer, que viene a superar la vieja tradición judeo-cristiana que había escindido al hombre colocando entre la naturaleza y hombre; entre cuerpo y espíritu la mediación trascendental de la divinidad" (73).

La identidad especulativa hegeliana de lo real y racional es superada por Marx en la unidad entre ser y pensar, teoría y práctica. Marx no sustituye la "idea absoluta" o el "espíritu absoluto" de Hegel con la estructura, como afirma Croce. En Marx el "espíritu absoluto" hegeliano se resuelve en la unidad orgánica estructura-superestructura. De este modo surge una forma totalmente nueva de concebir a la filosofía. El marxismo hizo avanzar a la filosofía al reformular y otorgar un contenido distinto al concepto de pensamiento creativo.

"Es preciso entender 'creativo', por tanto, en sentido 'relativo', de pensamiento que modifica el modo de sentir del mayor número y, por lo mismo, la propia realidad, que no puede ser pensada sin este mayor número. Creativo también en el sentido de que plantea la inexistencia de una 'realidad' fija por sí misma, sino solamente en relación histórica con los hombres que la modifican" (74).

Gramsci afirma que todos los sistemas filosóficos existentes hasta ahora han brotado como manifestación de las contradicciones que han lacerado a la sociedad. Pero que cada sistema filosófico considerado en sí mismo, no ha sido la expresión consciente de estas contradicciones, puesto que tal expresión sólo podía ser dada por el conjunto de los sistemas en lucha entre sí.

73. Kanoussi, Dora y Mena J. La revolución pasiva: una lectura a los Cuadernos de la Cárcel. UAP, México, 1985, p. 25.

74. Ibid., p. 31.

Gramsci sostiene que sólo es con Hegel, aunque de manera especulativa, que se logra esa consciencia de las contradicciones.

"En cierto sentido, por tanto, la filosofía de la praxis es una reforma y un desarrollo del hegelianismo, es una filosofía liberada (o que busca liberarse) de todo elemento ideológico unilateral y fanático; es la consciencia plena de las contradicciones a través de las cuales el filósofo, entendido individualmente o como grupo social entero, no sólo comprende de las contradicciones, sino que se coloca a sí mismo como elemento de la contradicción, eleva este elemento a principio de conocimiento y, por lo tanto, de acción" (75).

Gramsci, al relacionar la filosofía con la historia, persigue dos objetivos: evitar la absorción filosófica del marxismo en filosofías que le son extrañas (por ejemplo el viejo materialismo); y en segundo lugar, desarrollar la filosofía del marxismo a través de la crítica al revisionismo idealista del máximo representante de la filosofía en Italia: Benedetto Croce.

Croce, al identificar al marxismo con sus manifestaciones mecanicistas y economicistas, sostiene que la filosofía de la praxis reduce las ideologías a meras apariencias. Por ello puede presentar su filosofía como supe<sup>ra</sup>ción del marxismo, en cuanto revalora la eficacia de los hechos de cultura y de pensamiento en el desarrollo de la historia. Llama enérgicamente la atención sobre la hegemonía (dirección intelectual y moral) como forma necesaria de un bloque histórico concreto, lo privilegia, y elabora una concepción de la historia como devenir espiritual.



Croce prescinde de la dirección económica como un momento esencial de la hegemonía y, al mismo tiempo, de las relaciones de producción, de las clases sociales, de la lucha de clases, del aporte efectivo de las masas a la propia historia.

Al presentar la historia como historia del espíritu, la priva de su contenido real, es decir, ignora la base económica del desarrollo histórico social. Así, según Croce, el sujeto de la historia social y política no son los sujetos sociales, los hombres concretos, sino la cultura, la civilización, la libertad o el progreso.

Este modo de concebir a la historia, observa Gramsci, este historicismo idealista, reduce la historia al aspecto ético político-cultural de la hegemonía. Pero la hegemonía, aislada de su base de clase, de su sustento material, sólo produce una historia especulativa.

"Se observa que la historia ético-política es una hipóstasis arbitraria y mecánica del momento de la hegemonía, de la dirección política, del consentimiento, en la vida y en el desenvolvimiento de la actividad del Estado y de la sociedad civil" (76).

La historia ético-política de Croce concibe los dos momentos del Estado, sociedad política y sociedad civil, como separados. No hay organicidad entre sociedad política y economía. Esto hace que Croce enfatice el predominio de lo jurídico ético, suprima la historia económica, el momento de la fuerza, dando cuerpo a la historia como historia de la cultura y del Estado sin más.

Al criticar la historia especulativa de Croce, Gramsci señala que sólo mediante el concepto de bloque histórico se aprehende la historia de la hegemonía, y en su seno al momento ético-político, como lo que es: la forma del contenido histórico-social del bloque histórico concreto.

Es por la noción de bloque histórico que la historia deja de ser hipótesis arbitraria del momento ético-político, y éste se incluye como tal en la historia total de una formación social. A través de aquel concepto se elimina, al mismo tiempo, el mecanicismo economicista, y es posible pensar la formación social concreta, en cuanto bloque histórico, como una unidad en la que las fuerzas materiales son el contenido y las ideologías la forma:

"La distinción de forma y de contenido es meramente didascálica, porque las fuerzas materiales no serían concebibles históricamente sin forma y las ideologías serían caprichos individuales sin las fuerzas materiales" (76).

El concepto de bloque histórico como unidad orgánica entre estructura y superestructura, funciona en el pensamiento de Gramsci como eje teórico para criticar la filosofía idealista de Croce que anula especulativamente la contradicción social. Es decir, las relaciones de producción, al remplazarlas por "momentos complementarios del espíritu".

En la filosofía de la praxis, afirma Gramsci, la distinción no será en tre momentos del espíritu absoluto, sino entre estructura y superestructu ra. La unidad del proceso está dada por el desarrollo dialéctico de las contradicciones sociales entre el hombre y la materia (naturaleza, fuerzas materiales de producción). En la economía, el centro unitario lo cons tituye la teoría del valor, la relación entre el trabajador y las fuerzas materiales de producción. En la filosofía, la praxis, o sea la relación entre la voluntad humana (superestructura) y la estructura económica. Y en la política, la relación entre el Estado y la sociedad civil, "o sea la intervención del Estado (voluntad centralizada) para educar al educa- dor, el ambiente social en general" (77).

Gramsci sostiene que la economía, la política y la filosofía, son ele mentos constitutivos internos de la filosofía de la praxis. Y que por tan to, debe haber, en sus principios teóricos, convertibilidad recíproca, "traducción recíproca del propio lenguaje específico de cada elemento constitutivo: uno se halla implícito en el otro, y todos juntos forman un círculo homogéneo" (78).

Frente a Croce, que había separado la dirección hegemónica de las rela ciones de producción, Gramsci reivindica la unidad orgánica de estas dos dimensiones. Y revalora la relación entre filosofía e historia, en cuanto la realización de un aparato hegemónico implica la realización práctica de una filosofía.

77. Ibid., p. 158.

78. Ibid., p. 97.

Es en este aspecto que Gramsci afirma:

"La proposición de que el proletariado alemán es el heredero de la filosofía clásica alemana contiene justamente la identidad de historia y filosofía; lo mismo que la proposición de que los filósofos han explicado el mundo pero de lo que se trata es de transformarlo" (79).

La articulación de la filosofía con la historia supone una interpretación distinta de la política y la filosofía. En su concepción del Estado Croce había separado la sociedad política de la sociedad civil, y privilegiado a la primera en detrimento de la segunda, al concebir a la historia como ético-política. Al distinguir orgánicamente a la sociedad política de la sociedad civil, Croce quiere asegurar a los grandes intelectuales su dirección política y cultural, y evitar de este modo que las clases subalternas se conviertan en hegemónicas. Por ello, al ampliar su concepto de Estado y subrayar la unidad orgánica entre sociedad política y sociedad civil, Gramsci asegura el terreno en que la filosofía se articula con la política.

Al afirmar la relación de la política con la filosofía, Gramsci rechaza la separación que establece Croce entre los intelectuales y las masas, entre gobernantes y gobernados.

"De ahí la extraordinaria importancia del papel de los intelectuales propios en la afirmación-consolidación de una consciencia de masa, acorde con el papel protagonizado según la función desempeñada en el mundo de la producción.

Entre intelectuales y masas deben existir ligas correspondientes a la relación teoría-práctica; este nexo análogo al de intelectuales-masas implica que la relación dirigentes-dirigidos es un complejo de vínculos orientado hacia su consciente disolución, extinción. En el nexo mencionado como relación orgánica necesaria, Gramsci plantea la importante cuestión del conjunto de los esfuerzos emprendidos por un grupo dirigente para elevar a la política a un grupo social determinado" (80).

El desarrollo gramsciano de la filosofía de la praxis también se enlaza con la crítica al revisionismo en las filas mismas del marxismo.

Es en esta dirección que Gramsci se interroga, ¿por qué los llamados ortodoxos han combinado la filosofía de la praxis con otras filosofías, y con una más bien que con otras?

Gramsci sostiene que las razones históricas deben buscarse en el hecho de que la filosofía de la praxis ha debido aliarse a tendencias extrañas para combatir los residuos del mundo precapitalista en las masas populares, especialmente en el terreno religioso.

La filosofía de la praxis, escribe Gramsci, tenía dos objetivos: combatir las ideologías modernas en su forma más refinada para poder constituir su propio grupo de intelectuales independientes, y educar a las masas populares, cuya cultura era medieval.

80. Kanoussi, Dora, Mena., comp. Filosofía y política en el pensamiento de Gramsci. Ed. de Cultura Popular, México, 1988, p. 34-35.

Este segundo objetivo, que era fundamental dado el carácter de la nueva filosofía, ha absorbido todas sus fuerzas, no sólo cuantitativa sino cualitativamente; por razones "didácticas", la nueva filosofía se ha combinado con una nueva forma de cultura un poco "superior" a la cultura media popular (que era muy baja), pero inadecuada para combatir las ideologías de las clases cultas.

De ahí la situación paradójica de esta nueva filosofía, que "había nacido para superar la más alta manifestación cultural de su tiempo, la filosofía clásica alemana, y para crear un grupo de intelectuales propio del nuevo grupo social cuya concepción del mundo representaba" (81).

Pero los grandes intelectuales formados en el terreno del marxismo, además de ser poco numerosos, no se hallaban ligados al pueblo, no surgieron del pueblo, sino que fueron la expresión de las clases medias tradicionales, a las cuales retornaron en los grandes "recodos" históricos: otros permanecieron, pero para someter la nueva concepción a una sistemática revisión, no para procurar su desarrollo autónomo.

En su afán por desarrollar la autonomía del marxismo, Gramsci critica al revisionismo ortodoxo a través de uno de sus representantes, Bujarin.

El aspecto fundamental de la crítica gramsciana a Bujarin apunta a la separación que éste establece entre materialismo histórico y materialismo dialéctico.

81. Op., cit., p. 89.

Es decir, entre filosofía e historia. Entre una teoría de la historia y la política, entendida como sociología, que debe constuirse según los métodos de las ciencias naturales (experimentales en el sentido estrechamente positivista), y una filosofía propiamente dicha, que sería el materialismo filosófico.

Gramsci sostiene que la filosofía apartada de la historia y de la política sólo puede ser metafísica.

"En tanto que la gran conquista de la historia del pensamiento moderno, representada por la filosofía de la praxis, es justamente la historicización concreta de la filosofía y su identificación con la historia"(82).

Las filosofías como tales, en cada fase de su existencia, se diferencian unas de otras en la práctica, en cuanto muestran su eficacia en la formación de una hegemonía. En cuanto devienen en hechos y los transforman, presentándose como originarias del proceso total mismo. Su historicidad presupone un Estado.

Y toda filosofía, como filosofía de clase, no es sino la clase misma en su lucha por devenir precisamente Estado. O sea, que la filosofía es igual a la política, en cuanto organización-acción de clase. E igual a la historia práctica, en cuanto expresa las transformaciones logradas por esa clase en una época dada.

82. Ibid., p. 137.

La unidad dialéctica entre filosofía, historia y política es, en el plano de la filosofía de la praxis, la traducción de la unidad básica entre teoría y práctica, estructura y superestructura. Esta unidad es desarticulada por la separación que hace Bujarin entre materialismo histórico y materialismo dialéctico.

Esta escisión en el seno de la filosofía de la praxis convierte a la dialéctica, dice Gramsci, en una especie de lógica formal. La dialéctica, reducida a materialismo dialéctico y alejada del materialismo histórico, se transforma en una dialéctica abstracta.

No es ya la dialéctica del devenir efectivo de lo social, la caracterización de las contradicciones reales de las relaciones sociales. Así, el materialismo histórico, a su vez, se transforma en una sociología de tipo positivista.

El revisionismo de Bujarin no sólo conduce a errores teóricos, también a graves fallas políticas. Separa a los intelectuales de las masas, y bloquea la posibilidad de producir una cultura que eleve el nivel de las clases subalternas a las tareas históricas de su tiempo.

Al alejar la teoría de la práctica, Bujarin descarta que el proletariado sea capaz de crear una filosofía adecuada a su proyecto hegemónico, y refuerza su subordinación, una vez más, a las directrices ideológicas y políticas de las clases dominantes.

Sin la unidad entre teoría y práctica no puede haber reforma intelectual y moral y, en consecuencia, no puede producirse una voluntad nacional-popular.



En suma, podemos concluir que la guerra de posición consiste en una estrategia de ruptura democrática de largo alcance, en la que la formación de una cultura alternativa constituye un proceso esencial en cuanto reforma intelectual y moral.

Esta, en la estrategia hegemónica, supone a su vez la elaboración de una filosofía integral, de donde la importancia de la investigación de Gramsci por devolver al marxismo su autosuficiencia e independencia frente a otro tipo de filosofías.

La reflexión de Gramsci apunta a la elaboración de una filosofía cimentada en la unidad orgánica entre teoría y práctica, y que sólo se reconoce como filosofía en cuanto se traduce en historia, en la formación de una nueva hegemonía.

## CAPITULO IV

### GUERRA DE POSICION

#### A. LA GUERRA DE POSICION: UNA ESTRATEGIA HEGEMONICA.

La guerra de posición, en el pensamiento político de Gramsci, se constituye en una estrategia revolucionaria derivada de una analítica propia de los Estados capitalistas que han devenido complejos.

Gramsci afirma que la revolución de 1917 en Rusia fue posible porque el Estado lo era todo y la sociedad civil era "primitiva" y "gelatinosa". Con estas palabras Gramsci quería indicar que en Oriente aún no habían surgido los grandes partidos políticos, las amplias capas proletarias, la aristocracia obrera y la burocracia sindical. Es decir, aún no existían las sobreestructuras políticas que el desarrollo del capitalismo ya había hecho aparecer en Europa Central y Occidental.

"La clase dominante posee en los países de capitalismo avanzado reservas políticas y organizativas que no poseía en Rusia. Ello significa que aun las crisis económicas gravísimas no tienen repercusiones inmediatas en el campo político (...) el aparato estatal es mucho más resistente de lo que a menudo suele creerse y logra organizar, en los momentos de crisis, fuerzas fieles al régimen, y más de lo que podría hacer suponer la profundidad de la crisis" (83).

83. Gramsci, A. "Un análisis de la situación italiana" en Escritos políticos. Op., cit., p. 286.

La crisis del Estado liberal surgida a fines del siglo XIX se caracteriza no sólo por la transformación del patrón de acumulación capitalista sino también por una nueva etapa en el desarrollo del Estado y la política. En esta nueva etapa del Estado sus actividades se complejizan. Las funciones del Estado se diversifican en una multiplicidad de prácticas y organizaciones estatales y privadas que constituyen un sistema de trincheras institucionales que median las relaciones entre las masas y el Estado-gobierno.

Se verifica una ampliación del Estado. En el desarrollo de su trabajo teórico, Gramsci distinguirá progresivamente dos momentos de articulación del campo estatal: el Estado en sentido restringido (Estado-gobierno) y el Estado en sentido amplio. En sentido restringido, el Estado se identifica con el gobierno, en tanto realiza funciones coercitivas y económicas. La dominación de clase se ejerce por medio del aparato del Estado (ejército, policía, administración, burocracia). Pero esta función coercitiva es inseparable de un cierto papel adaptativo-educativo del Estado, que busca realizar una adecuación entre el aparato productivo y la moralidad de las masas populares.

La concepción del Estado complejo en Gramsci presupone que se tome en cuenta al conjunto de los medios de dirección intelectual y moral de una clase sobre la sociedad, la forma en que puede realizar su hegemonía, aun cuando sea al precio de "equilibrios de compromiso" tendientes a salvaguardar su propio poder político particularmente amenazado en los períodos de crisis.

Al conceptualizar el Estado como sociedad política más sociedad civil o hegemonía revestida de coerción, Gramsci establece una distinción puramente metodológica entre estas dos instancias estatales. Entre la sociedad política y la sociedad civil existe una relación orgánica. La sociedad política y la sociedad civil son dos formas por las que se expresa el Estado. En Gramsci el concepto de sociedad civil se vincula, por una parte, a las condiciones de vida material, al sistema de producción; y por la otra, a los aparatos ideológicos y culturales de la hegemonía, al aspecto pedagógico del Estado.

"Hay que distinguir la sociedad civil tal como la entiende Hegel y en el sentido en que a menudo se emplea en estas notas (o sea en el sentido de hegemonía política y cultural de un grupo social sobre la sociedad entera, como contenido ético del Estado)" (84).

Gramsci, guiado por sus investigaciones historiográficas, amplía el concepto tradicional de Estado, incorpora la hegemonía y su aparato (sociedad civil) al Estado mismo. En este sentido enfatiza el aspecto pedagógico del Estado.

"...El Estado tiene y pide consenso, pero también lo 'educa' por medio de las asociaciones políticas y sindicales, que son sin embargo organismos privados, dejados a la iniciativa privada de la clase dirigente" (85).

84. Gramsci, A. Cuadernos T. 3. Op., cit., p. 28.

85. Gramsci, A. Notas sobre... Op., cit., p. 162.

Gramsci afirma que en los países en que el Estado ha devenido complejo el ejercicio de la hegemonía se caracteriza por una combinación de la fuerza y el consenso, sin que la fuerza supere demasiado al consenso. En este sentido la hegemonía se ejerce al interior de una relación de fuerzas con un carácter dinámico.

Las formas modernas de dominación burguesa implícitas en un Estado que ha devenido complejo, impulsan la reflexión gramsciana hacia la búsqueda de una estrategia revolucionaria que posibilite la construcción de la hegemonía de las clases subalternas. Gramsci sugiere que la guerra de posición constituye la estrategia revolucionaria que mejor se articula a las condiciones de un capitalismo en el que el Estado se ha ampliado.

Los conceptos guerra de posición y guerra de movimiento o lucha frontal son términos militares opuestos, incorporados por Gramsci a la teoría política en un esfuerzo por caracterizar distintos momentos en una relación de fuerzas.

Gramsci afirma que en la guerra de movimiento aplicada al arte político: "El elemento económico inmediato (crisis, etc.) es considerado como la artillería de campaña que, en la guerra, abre una brecha en la defensa enemiga, brecha suficiente como para que las tropas propias irrumpen y obtengan un éxito definitivo (estratégico) o al menos importante en la dirección de la línea estratégica (86).

86. Gramsci, A. Notas sobre... Op., cit., p. 92.

Pero en un Estado en el que la sociedad civil se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las irrupciones catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etc.): las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de las trincheras de la guerra moderna.

"Así como en ésta ocurría que un encarnizado ataque de la artillería parecía haber destruido todo el sistema defensivo adversario, más sólo había destruido la superficie externa y en el momento del ataque y del avance los asaltantes se encontraban frente a una línea defensiva todavía eficiente, así también ocurre lo mismo en la política durante las crisis económicas. Ni las tropas asaltantes por efectos de las crisis, se organizan en forma fulminante en el tiempo y el espacio, ni tanto menos adquieren un espíritu agresivo; recíprocamente, los asaltados no se desmoralizan ni abandonan la defensa, aún entre los escombros, ni pierden la confianza en las propias fuerzas ni en su porvenir" (87).

La fórmula de la revolución permanente, sostiene Gramsci, es propia de un período histórico en que el aparato estatal es relativamente poco desarrollado y existe una mayor autonomía de la sociedad civil respecto de la actividad estatal. El concepto de revolución permanente, dice Gramsci, apareció hacia 1848, como expresión del economicismo en una época histórica en la que aún no surgía el régimen de asociación sindical o de partido y las vastas burocracias estatales y privadas. Posteriormente hacia 1870 el concepto de guerra de movimiento es ajustado y superado en el concepto de hegemonía como una estrategia para Occidente.

87. Ibidem., p. 94.

"En el arte político ocurre lo mismo que en el arte militar: la guerra de movimiento deviene cada vez más guerra de posición y se puede decir que un Estado vence en una guerra, en cuanto la prepara técnica y minuciosamente en tiempos de paz. Las estructuras macizas de las democracias modernas, tanto como organizaciones estatales que como complejo de asociaciones operantes en la vida civil, se presentan en el dominio del arte político lo mismo que las 'trincheras' y las fortificaciones permanentes del frente en la guerra de posición: ellas tornan sólo 'parcial' el elemento del movimiento que antes constituía 'todo' en la guerra, etc." (88).

La oposición entre guerra de movimiento y guerra de posición no se reduce a un simple problema de reparto geográfico (Oriente: guerra de movimiento; Occidente: guerra de posición), ni tampoco a una dicotomía estratégica entre una fase puramente ofensiva (la guerra de movimiento) y otra puramente defensiva (la guerra de posición).

"...la guerra de movimiento, cuyo modelo es la revolución de 1917, implica la actualidad de la revolución, una lucha frontal por el poder del Estado. Por el contrario, la guerra de posición responde a una nueva fase histórica que exige (...) una estrategia de largo aliento, un ascenso permanente del adversario, una concentración inaudita de hegemonía que es, también, una nueva forma de hacer política" (89).

La guerra de posición, en cuanto estrategia hegemónica, supone el proceso mediante el cual el proletariado tiende a constituirse en clase dirigente.

88. Gramsci, A. Notas... Op., cit., p. 113.

89. Buci-Glucksmann. Op., cit., p. 310.

Afirma Gramsci que una clase que apunte a la realización de su hegemonía, trasciende su aspecto corporativo al asumir los intereses inmediatos y futuros de las clases sobre las cuales ejerce su dirección. Realiza un movimiento por el cual se eleva a clase nacional, universal, capaz de dirigir al pueblo nación, superando su propio corporativismo. La lucha por la formación de un bloque nacional popular implica una dimensión organizacional: no hay producción de hegemonía sin desarrollo de instituciones o aparatos, sin una práctica estructurada materialmente, de la lucha ideológica, cultural y política.

El proceso por el cual la clase obrera se constituye en dirigente se articula con la creación de una relación orgánica entre dirigentes y dirigidos.

Una clase nacional, en el proceso mismo de constitución del pueblo como entidad política, enfrenta la problemática de realizar una reforma intelectual y moral. La reforma intelectual y moral se despliega en el marco de la lucha por una nueva cultura. La reforma intelectual y moral, como un aspecto de la hegemonía supone una unidad orgánica entre intelectuales y masas. El movimiento orgánico intelectuales-masas implica la creación de intelectuales vinculados a la clase obrera a través de sus instituciones económicas y políticas autónomas, en el terreno de una doble lucha: política y cultural. Desde el terreno político y organizacional las clases subalternas se mueven en el ámbito de una dialéctica entre espontaneidad y dirección consciente. Los intelectuales se ligan orgánicamente a las masas en cuanto elaboran y dan coherencia a los principios y problemas que éstas plantean con su actividad, constituyendo así un bloque social y cultural.



Los intelectuales orgánicos se incorporan a la construcción de programas y organizaciones tendientes a recuperar la capacidad autogestionaria de las masas, a producir la unidad de poder social y política, que será resultado de una lucha prolongada en la que se articula la hegemonía obrera como construcción del bloque popular, superando la oposición entre lucha cotidiana y lucha revolucionaria.

"Si las relaciones entre intelectuales y pueblo-nación, entre dirigentes y dirigidos -entre gobernantes y gobernados-, son dadas por una adhesión orgánica en la cual el sentimiento-pasión deviene comprensión y, por lo tanto, saber (no mecánicamente, sino de manera viviente), sólo entonces la relación es de representación y se produce el intercambio de elementos individuales entre gobernantes y gobernados, entre dirigentes y dirigidos; sólo entonces se realiza la vida de conjunto, la única que es fuerza social. Se crea el 'bloque histórico' ". (90).

La reforma intelectual y moral, articulada a la dialéctica intelectual-masas, se expresa al mismo tiempo como desarrollo teórico y realización práctica de una Weltanschauung, de una concepción del mundo propia de las clases subalternas que se producen a sí mismas como hegemónicas.

"La fundación de una clase dirigente (o sea de un Estado) equivale a la creación de una Weltanschauung. La expresión de que el proletariado alemán es el heredero de la filosofía clásica alemana: ¿cómo debe ser entendida, no quería indicar Marx la gestión histórica de su filosofía convertida en teoría de una clase que se convertiría en Estado? para Illich esto ha ocurrido realmente en un territorio determinado" (91).

90. Gramsci, A. El Materialismo. Op., cit., p. 121.

91. Gramsci, A. Cuadernos de la Cárcel. Tomo 3. Op., cit., p. 170.

El núcleo de la filosofía del marxismo en Gramsci lo constituye la tendencial unidad entre teoría y práctica, es decir la correspondencia entre filosofía y política, filosofía e historia.

"Los filósofos han explicado el mundo, y se trata ahora de transformarlo, o sea, que la filosofía debe devenir política para realizarse, para continuar siendo filosofía; la 'tranquila teoría' debe 'realizarse prácticamente', debe convertirse en 'realidad efectiva' " (92).

La filosofía deviene política sólo si se convierte en concepción del mundo por medio de la dialéctica entre alta y baja cultura, en una concepción del mundo donde la filosofía es ya "religión" (en cuanto concepción del mundo que implica una conducta), y la cultura vida: donde pensamiento y acción se unen orgánicamente, y la síntesis entre ser y pensar, es también una síntesis entre conocer y hacer.

La producción de la voluntad colectiva nacional-popular y la reforma intelectual y moral, en cuanto aspectos inseparables de la lucha hegemónica, alcanzan su realización plena con la creación de un nuevo Estado.

Gramsci afirma que una clase completa su constitución como clase hegemónica sólo con la construcción de un Estado. Entre tanto, no superará su carácter de función disgregada y discontinua de la sociedad civil.

"La unidad histórica de las clases dirigentes se produce en el Estado, y la historia de esas clases es esencialmente la historia de los Estados y de los grupos de Estados.

Pero no hay que creer que esta unidad sea puramente jurídica y política, aunque también esta forma de unidad tiene su importancia y no es solamente formal: la unidad histórica fundamental por su concreción es el resultado de las relaciones orgánicas entre el Estado o sociedad política y la sociedad civil" (93).

Gramsci distingue tres grados o momentos fundamentales en las relaciones de fuerza al interior de las cuales una clase va produciendo su unidad.

El primer momento se caracteriza por una correlación de fuerzas estrechamente ligada a la estructura, objetiva, independiente de la voluntad de los hombres. Sobre la base del grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción surgen las agrupaciones sociales, cada una de las cuales representa una función y ocupa una posición dada en la producción misma. Esta relación de fuerzas ligada a la estructura económica permitiría analizar si en la sociedad existen las condiciones necesarias y suficientes para una revolución.

"... o sea, permite controlar el grado de realismo y de actualidad de las diversas ideologías nacidas en su mismo terreno, en el terreno de las contradicciones que la división ha engendrado durante su desarrollo"(94).

El segundo momento consiste en la correlación de fuerzas políticas. Es decir, la estimación del grado de homogeneidad, de autoconsciencia y de organización alcanzado por los distintos grupos sociales. Gramsci afirma que este momento, a su vez, puede analizarse en tres grados que corresponden a los diversos momentos de la consciencia colectiva.

93. Gramsci, A. Antología. Op., cit., p. 91.

94. Gramsci, Antonio. Antología. Op., cit., p. 415

El primero y más inmediato es el económico corporativo: un comerciante siente que debe ser solidario con otro comerciante, un fabricante con otro fabricante, etc., pero el comerciante no se siente aún solidario con el fabricante. Se siente la unidad homogénea y el deber de organizarla, la unidad del grupo profesional, pero todavía no la del grupo social más amplio. Un segundo momento es aquel en el cual se conquista la consciencia de la solidaridad de intereses de todos los miembros del grupo social, pero todavía en el terreno meramente económico. Ya en este momento se plantea la cuestión del Estado, pero sólo en el sentido de aspirar a conseguir una igualdad jurídica-política con los grupos dominantes. Lo que se persigue es el derecho a participar en la legislación y administración pero dentro de los marcos legales existentes. Y un tercer momento es aquel en que se llega a la consciencia de que los intereses corporativos propios, en su desarrollo actual y futuro, superan el ámbito particularista de grupo meramente económico, y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados.

"Esta es la fase más estrictamente política, la cual indica el paso claro de la estructura a la esfera de las sobreestructuras complejas; es la fase en la cual las ideologías antes germinadas se hacen 'partido', chocan y entran en lucha, hasta que una sola de ellas o, por lo menos, una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por toda el área social, determinando, además de la unidad de los fines económicos y políticos, también la unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha ya no en un plano corporativo, sino en un plano 'universal', y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados" (95).

95. Gramsci, Antonio. Antología. Op., cit., p. 415.

Y el tercer momento de una correlación de fuerzas, inmediatamente decisivo en cada caso, es el de las fuerzas militares. Gramsci afirma que el desarrollo histórico oscila entre el primer y tercer momento con mediación del segundo.

La clase hegemónica que ha construido su propio Estado socialista concibe a éste como un organismo destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión y desarrollo de sí misma. Pero esta expansión y este desarrollo se conciben y se presentan como la energía motora de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías "nacionales".

"...el grupo dominante se coordina concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados, y la vida estatal se concibe como un continuo formarse y superarse de equilibrios inestables (dentro del ámbito de la ley entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en los cuales los intereses del grupo dominante prevalecen, pero hasta cierto punto, no hasta el nudo interés económico-corporativo" (96).

La unificación histórica del proletariado en un nuevo Estado, es concebida por Gramsci como la fundación de un nuevo bloque histórico. El nuevo bloque histórico es la resultante de un proceso que involucra dos momentos inescindibles: la formación de un bloque nacional popular, y una reforma intelectual y moral. En otras palabras, se produce una articulación orgánica entre estructura y superestructura, sociedad política y sociedad civil.

96. Gramsci, Antonio. Antología. Op., cit., p. 415.

En el pensamiento político de Gramsci, la revolución apunta a la realización de una voluntad colectiva expresada en instituciones propias a cargo del ejercicio del poder, porque el objetivo del socialismo consiste en liquidar la separación entre gobernantes y gobernados, a través de la progresiva reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil. La sociedad civil asimila a la sociedad política sólo cuando los antagonismos de clase han dejado de existir. Este hecho señala la realización de la sociedad regulada, y en consecuencia, el tránsito hacia la extinción del Estado.

"En la doctrina del Estado-sociedad regulada, de una fase en la que el 'Estado' será igual a 'gobierno' y se identificará con 'sociedad civil', deberá pasarse a una fase de Estado-guardián nocturno, fase de una organización coercitiva que tutelaré el desarrollo de los elementos de sociedad regulada cuyo continuo incremento reducirá progresivamente las intervenciones autoritarias y coactivas del Estado. Pero esta perspectiva no puede hacernos pensar en un nuevo liberalismo, puesto que ello conduce al comienzo de una era de libertad orgánica" (97).

En suma, al avanzar Gramsci la guerra de posición como una propuesta estratégica, pretende articularla a las condiciones de un Estado ampliado. Bajo esta óptica, la guerra de posición se constituye como una estrategia política de largo alcance. La guerra de posición se articula con el proceso por el cual la clase obrera se produce como un sujeto histórico autónomo.

El movimiento por el cual el proletariado se constituye en dirigente, implica la formación de una voluntad popular, la superación de su condición corporativista para convertirse en clase nacional. Y, al mismo tiempo, una reforma intelectual y moral. En la teoría política de Gramsci, una clase social como tal se produce al interior de una relación de fuerzas que tienen como espacio de disputa a la sociedad civil. Es desde la sociedad civil que una clase subalterna se constituye en hegemónica a través de la construcción de instituciones organizativas y de una cultura alternativa. Por ello Gramsci puede afirmar que una clase antes de llegar al poder debe ser dirigente, y una vez en el Estado debe ser dirigente y dominante, dirigente de los grupos aliados y dominante de los grupos adversarios.

En este sentido la guerra de posición constituye un ordenador político del conjunto de las formas de lucha, sin excluir ninguna de sus modalidades. No supone una separación entre lucha política y lucha violenta. La lucha política incluye siempre un momento militar; incluso la relación de fuerza militar es para Gramsci inmediatamente decisiva.

Finalmente, consideramos que la guerra de posiciones es una propuesta estratégica para cualquier situación histórica en la que el Estado ha de venido complejo. La occidentalidad que Gramsci le atribuye alude a una determinabilidad histórica del Estado capitalista. El Occidente es el ámbito de una sociedad civil compleja, que se ha hecho resistente a la irrupción inmediata de lo económico, y que supone la existencia de un Estado ampliado.

" 'Oriente' y 'Occidente' en Gramsci no aparecen como una distinción geográfica, y ni siquiera como una distinción fundamentalmente económica.

'Oriente' y 'Occidente' son aquí una metáfora para aludir a distintas formas de articulación entre Estado y sociedad civil, distintas formas de articulación de los poderes relativos de la sociedad y del Estado<sup>(98)</sup>.

#### B. GUERRA DE POSICION Y AMERICA LATINA.

La guerra de posición es una propuesta estratégica que pretende articularse a las situaciones históricas en las que el Estado se ha complejizado. Analizada su pertinencia para los países latinoamericanos observamos que, aun corriendo los riesgos que implica la generalización, en todos ellos el Estado es un Estado ampliado. En estos países el Estado no se reduce a la coerción (sociedad política), también ejerce funciones de dirección intelectual y moral a través de una diversidad de prácticas y organizaciones estatales y privadas que median las relaciones entre las masas y el Estado-gobierno.

La noción de Estado ampliado permite eludir toda una tradición marxista que concibe al Estado como un reflejo de la base económica, o como instrumento de clase, sin tomar en cuenta la base social, la estructura contradictoria del Estado, su actividad de integración de la sociedad y de los aparatos de hegemonía.

Los análisis del hecho estatal en América Latina, se han caracterizado en su generalidad, por una concepción instrumental del Estado, y voluntarista de la política.

98. Portantiero, Carlos, etc., al. Gramsci y la Política. Unam, México, 1980, p. 39.



"Parece claro que la visión instrumentalista del Estado (Estado: comité administrativo de los intereses de la clase dominante) y voluntarista de la política (instituciones de vanguardias ideológicas que se adjudican ante sí y por sí la representación de la voluntad de las clases populares) ha tenido entre nosotros una copiosa fortuna" (99).

La crítica a una interpretación instrumentalista del Estado pasa por la incorporación teórica de la sociedad civil o aparato de hegemonía al Estado mismo. Esta incorporación del aparato de hegemonía al Estado implica que el ejercicio de la dominación se produce a través de la fuerza y del consenso. El Estado en el plano organizativo enlaza a la sociedad política con la sociedad civil, y en el funcional se desempeña mediante la fuerza y el consenso.

Así, la dominación, además de coercitiva, es política y cultural, y por esto mismo es hegemónica, en cuanto que la sociedad civil funciona como aparato de hegemonía del Estado.

"La sociedad civil es el conjunto de relaciones esenciales prácticas e ideológicas (todo el tejido social infinitamente variado, todo el contenido humano de una sociedad dada) que se instaura y vive sobre la base de ciertas relaciones de producción determinadas. Comprende al mismo tiempo los comportamientos del homo economicus y del homo ethicus politicus. Es pues el objeto materia y el medio de las actividades superestructurales que se ejercen de manera diferente según los niveles y momentos por medio de los aparatos hegemónicos, por una parte, y por la otra, mediante aparatos coercitivos" (100).

99. Portantiero, Juan Carlos. Gramsci para latinoamericanos en Gramsci y la política. Unam, México, 1980, p. 30
100. Toxier, Jaques. Gramsci teórico de las superestructuras. Ediciones de cultura popular, México, 1983, p. 45.

Estas características de un Estado complejo, aun con sus matices y diferencias, son compartidas por los países latinoamericanos. Por ello la guerra de posición, en tanto estrategia hegemónica, puede funcionar como orientación teórica y política de la lucha de las clases y grupos subalternos.

Ante un Estado complejo éstos enfrentan la tarea de constituirse en sujeto histórico autónomo a partir del desarrollo de una acción hegemónica. Una acción es hegemónica cuando se plantea el control de la sociedad civil desde una perspectiva de clase nacional. La clase obrera se produce como clase nacional en cuanto apunta a la reunificación de todas las clases populares para construir la categoría de pueblo.

La constitución de la clase obrera en clase nacional supone la recuperación de las formas de organización que las clases subalternas se han dado a sí mismas. Y al mismo tiempo, la conquista de la democracia, caracterizada por una relación orgánica entre dirigentes y dirigidos. Es decir, la democracia como proceso que consiste en el pasaje molecular de los grupos dirigidos al grupo dirigente.

Pero a su vez la producción de una voluntad colectiva nacional-popular requiere de una reforma intelectual y moral, de una vinculación entre la alta y la baja cultura. Este quizás sea uno de los aspectos más ricos en la teoría de la revolución en Gramsci: la revolución como la formación de una nueva cultura, de una nueva civilización.

Gramsci afirma que la hegemonía de la clase obrera se articula con la problemática de la producción de intelectuales orgánicos. Los intelectuales orgánicos son el resultado de una dialéctica en conexión con las propias formas de organización y expresión de las masas.

La formación de la voluntad popular y la reforma intelectual y moral, en tanto momentos constitutivos de la hegemonía obrera, se concretan en la creación de un Estado socialista. Este se plantea como objetivo liquidar la separación entre gobernantes y gobernados (la democracia), en un proceso de progresiva reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil.

En resumen, la pertinencia de la guerra de posición en América Latina consiste en que se propone como una estrategia de largo aliento, una estrategia que intenta articularse a una etapa del capitalismo en la que el Estado se ha complejizado. Es decir, articulado orgánicamente a la sociedad política y a la sociedad civil. Por ello la lucha obrera contrahegemónica se desarrolla desde el terreno de la sociedad civil. Es desde aquí que se produce el proletariado como sujeto histórico autónomo en el despliegue de una acción hegemónica. La hegemonía involucra un conjunto de prácticas y organizaciones por medio de las cuales se suscita la creación de una voluntad popular y una reforma intelectual y moral.

En la actualidad, aun con sus particularidades, el conjunto de los países latinoamericanos atraviesa por una crisis que replantea las formas por las cuales las masas han procesado su inserción en el Estado.

Se verifica una crisis de hegemonía, las clases dominantes reorganizan su dirección política y cultural mediante ideologías neoliberales y programas de mejora social con una clara intención reformista. Es desde esta coyuntura que el proletariado enfrenta la problemática de producir una concentración inaudita de hegemonía para modificar una correlación de fuerzas que le es adversa. Y es también desde esta coyuntura que sería conveniente reactualizar la teoría política de Gramsci. Recuperar las proposiciones y conceptos teóricos de Gramsci, significa iniciar la tarea de analizar cada Estado particular como un sistema hegemónico, apuntando a la producción de una teoría política desde la perspectiva de las clases populares.

Una teoría política que suponga la ampliación del Estado para comprender que la política, como relación global entre gobernantes y gobernados, es una relación que interviene en todos los niveles de la sociedad civil y del Estado, y a todos los niveles de los aparatos de hegemonía. Y en ese sentido en las relaciones entre enseñantes y enseñados, y en las relaciones entre intelectuales y pueblo. Esa teoría de la forma de lo político se enlazaría con una estrategia revolucionaria consistente en conquistar las trincheras de la sociedad civil, en conquistar a los intelectuales de masas en los aparatos de hegemonía, en reunificar en un bloque nuevo a la clase obrera, a los campesinos y a las capas medias, para modificar las relaciones entre masa y Estado, y las relaciones de fuerza en la sociedad. Esa estrategia sería la guerra de posición, como una estrategia global que implicaría momentos de guerra de movimiento. En este sentido se puede interpretar la guerra de posición como un proceso de ruptura amplia a largo plazo. La guerra de posición combinaría la conquista simultánea del consenso de las masas, la hegemonía con nuevas formas de democracia de base, con una dialéctica de la dirección política como un proyecto de Estado alternativo, de Estado-proceso de transición.

## CONCLUSIONES

Al término de esta investigación estamos en condiciones de sostener que la guerra de posición, como estrategia revolucionaria de largo alcance, emerge de una reflexión en torno a las condiciones que determinaron la derrota del movimiento obrero europeo en los años veintes. De ahí que la teorización de la guerra de posición en el pensamiento político de Gramsci se entrelace con la ampliación del concepto de Estado y con el desarrollo del principio teórico-práctico de la hegemonía.

La investigación gramsciana acerca del fracaso de la revolución socialista en Occidente evidencia una etapa del capitalismo en la que el Estado ha devenido complejo. Sostener que el Estado se ha complejizado implica ampliar la noción tradicional de Estado, y entrelazar la sociedad civil y la sociedad política. Al afirmar que el Estado es igual a sociedad política más sociedad civil en cuanto hegemonía acorazada de coerción, Gramsci sostiene que el Estado desborda al gobierno en tanto aparato coercitivo y administrativo (burocracia civil y militar). El Estado complejo, en su funcionamiento, abarca a la sociedad civil, constituida por el conjunto de organismos llamados privados (escuelas, medios de comunicación, fábricas, partidos políticos y todo el conjunto de organizaciones civiles), en cuanto estos suscitan y mantienen la dirección política y cultural de los grupos sociales dominantes sobre el conjunto de las clases subalternas.

En la sociedad civil el Estado desarrolla funciones educativas y formativas que tienen la finalidad de crear nuevos y más elevados tipos de civilización, y adecuar la civilización y la moralidad de las masas populares a las necesidades del aparato de producción.

Es en este sentido que el Estado es no sólo coercitivo sino también ético.

Al redimensionar la concepción tradicional de Estado Gramsci sostiene que éste se diversifica en una gran variedad de prácticas y organizaciones estatales y privadas, que constituyen un sistema de fortificaciones que median las relaciones entre las masas y el Estado-gobierno. En un Estado complejo, la hegemonía implica la dirección intelectual y moral que un grupo social ejerce sobre la sociedad entera. Pero dado que la hegemonía se ejerce al interior de una relación de fuerzas, ésta es inestable y dinámica.

La hegemonía es económica porque se construye a partir del aparato productivo, pero implica al mismo tiempo un desarrollo rico y articulado del ámbito superestructural. La estructuración y funcionamiento del aparato de hegemonía es responsabilidad de las categorías de intelectuales orgánicos. Estas capas de intelectuales son creadas por la clase dirigente en el propio proceso por el cual se constituye en hegemónica. Los intelectuales orgánicos otorgan a la clase dirigente homogeneidad y consciencia de su propia función, no sólo en el campo económico sino también en el político y cultural.

Gramsci sostiene que un sistema hegemónico puede ser analizado en torno a tres momentos fundamentales. El primero consiste en una relación de fuerzas sociales estrechamente vinculadas a la estructura económica. El segundo momento es el político, e implica el grado de homogeneidad y autoconsciencia alcanzado por los diferentes agrupamientos sociales.

Y el tercer momento se refiere a la relación de fuerzas militares. Es desde esta perspectiva de un sistema hegemónico específico, en el que la dominación se caracteriza por una combinación de la fuerza y el consenso, que Gramsci plantea la estrategia hegemónica de la guerra de posición.

La guerra de posición es una estrategia antieconomicista y antiparlamentarista. Es una crítica al marxismo mecanicista, que agota la subversión social en su aspecto meramente económico. Pero al mismo tiempo, la guerra de posición es irreductible a un conflicto parlamentario, en cuanto apunta a la liquidación de la separación entre gobernantes y gobernados.

Es en este sentido que la guerra de posición constituye una estrategia de largo alcance, en tanto se articula a las condiciones de un Estado complejo en el que se han multiplicado y diversificado las formas de dominación. La crisis económica no desemboca necesariamente en una revolución social. La política, dice Gramsci, siempre va en retraso con respecto a la actividad económica. Frente a una crisis de hegemonía el aparato estatal cuenta con reservas organizativas, fuerzas fieles al régimen que reestructuran el bloque histórico en el poder en torno del predominio de una clase o fracción de clase.

En los países en que el Estado se ha complejizado, la relación entre la burguesía y el proletariado está mediada por la presencia de capas sociales cuya importancia es decisiva en la crisis de hegemonía.

Gramsci afirma que en una crisis de hegemonía el Estado sólo es una trinchera de avanzada, detrás del cual existe una cadena de fortalezas y casamatas.

Por donde la guerra de posición, en cuanto estrategia hegemónica, se entrelaza con la problemática de la producción de una voluntad nacional-popular y de una reforma intelectual y moral.

En el contexto de un Estado complejo, una clase que se proponga la construcción de su hegemonía enfrenta la tarea de trascender su aspecto corporativo, asumiendo los intereses inmediatos y futuros de las clases y grupos sobre los cuales ejerce su dirección.

La relación hegemónica entre la clase dirigente y las clases y grupos aliados implica el ejercicio inédito de formas democráticas y una adecuación permanente de las instituciones de masas al movimiento real.

Este aspecto de la guerra de posición, que consiste en la unificación de todos los grupos subalternos de una sociedad, constituye el proceso por el cual se construye una voluntad colectiva nacional-popular, un bloque social contrahegemónico.

La voluntad nacional-popular se condensa en la conformación de un bloque revolucionario alternativo, en la unificación del conjunto de los grupos subalternos, que apunta a la inversión de la relación de fuerzas sociales.

No obstante, una clase se configura en hegemónica cuando, junto con una voluntad nacional-popular, produce una reforma intelectual y moral o ética política.



La guerra de posición es una estrategia hegemónica que, además de la conformación de una voluntad nacional-popular, involucra la creación de una nueva cultura, de una civilización diferente a la capitalista.

La reforma intelectual y moral, en cuanto proceso por el cual se crea una nueva civilización, se enlaza con la solución de dos problemáticas fundamentales. Por un lado, con la creación de intelectuales ligados orgánicamente a las masas; y por el otro, con la de producir una concepción del mundo desde el punto de vista de las clases subalternas. Una concepción del mundo que sea la expresión de una lucha cultural que se proponga transformar el sentido común y el mundo cultural existente.

La reforma intelectual y moral, en tanto producción de una concepción del mundo y de un tejido de prácticas sociales con carácter crítico, conduce a la superación tendencial de la escisión entre las clases y grupos populares y los intelectuales.

La unidad dialéctica intelectuales-masas en la guerra de posición, pasa por la redefinición del concepto de intelectual. Para Gramsci todos los hombres y mujeres son intelectuales, aunque no todos cumplen la función de intelectuales en una sociedad determinada. Si existe una distinción entre intelectuales y no intelectuales, ésta se refiere a la función inmediata de la categoría profesional de los intelectuales.

La ampliación de la noción de intelectual en Gramsci niega toda pretensión de subordinación de la clase obrera a una aristocracia cultural.

De allí que la reforma intelectual y moral consista en elevar intelectualmente amplios estratos proletarios, otorgando identidad propia al difuso elemento de masa.

La reforma intelectual y moral, a partir de la dialéctica intelectual-masas, se expresa como producción de un frente cultural que implica una revaloración de las superestructuras. Las ideologías no son arbitrarias, afirma Gramsci, son hechos históricos que funcionan como instrumentos de dirección y dominio. Justamente por ello, por razones de lucha política, los gobernados enfrentan la problemática de tornarse intelectualmente independientes de los gobernantes.

La independencia intelectual de las clases subalternas supone la unidad orgánica entre los intelectuales y los "simples"; y en un sentido más profundo, la unidad tendencial entre teoría y práctica. De allí la necesidad de un movimiento cultural y filosófico en el que se produzca un pensamiento científico vinculado orgánicamente con los problemas prácticos de las clases subalternas. Sólo así se crea el bloque cultural y social, y por tanto la posibilidad de una hegemonía alternativa.

La hegemonía, en cuanto realización práctica de una filosofía, se articula con la preocupación de Gramsci por reformular la filosofía de la praxis. Como punto de partida, Gramsci actualiza la proposición de Labriola que afirma la autonomía de la filosofía de la praxis. El marxismo, según Gramsci, cuenta con los elementos suficientes como para convertirse de metodología de la historia en filosofía general.

La onceava tesis de Marx sobre Feuerbach es utilizada por Gramsci como instancia teórica a partir de la cual destaca aquello que distingue a la filosofía de la praxis de cualquier otra filosofía: la tendencial unidad entre teoría y práctica.

Afirmar que el núcleo de la filosofía de la praxis es la unidad orgánica entre teoría y práctica implica vincular la filosofía a la historia y a la política.

La filosofía, alejada de la historia y la política sólo puede ser metafísica.

Las filosofías se distinguen unas de las otras en la práctica, en cuanto producen hegemonía. En este sentido, la historicidad de las filosofías orgánicas se entrelaza con la del Estado.

Una filosofía no es más que el bloque social mismo en sus esfuerzos por devenir Estado. Por donde la filosofía se entrama con la política y la historia, en cuanto expresa las transformaciones producidas por el bloque social en una fase histórica determinada.

Sin la vinculación entre filosofía y política, y filosofía e historia (traducción de la unidad entre teoría y práctica), no puede producirse una voluntad nacional popular, y por consiguiente una reforma intelectual y moral.

No obstante, afirma Gramsci, una clase completa su constitución como clase hegemónica sólo con la construcción de un Estado. Mientras tanto no trascenderá su carácter de función disgregada de la sociedad civil.

La unidad de la clase obrera en el Estado constituye, al mismo tiempo, la fundación de un nuevo bloque histórico. Este representa la condensación de los dos momentos inherentes al proceso hegemónico: la voluntad nacional popular y la reforma intelectual y moral. El bloque histórico inaugurado implica una articulación orgánica entre estructura y superestructura, sociedad política y sociedad civil.

De allí que la revolución socialista se dirija a la producción de una voluntad colectiva, afirmada en una red de instituciones propias responsables del ejercicio del poder.

La revolución socialista apunta a liquidar la separación entre gobernantes y gobernados, por medio de la reabsorción tendencial de la sociedad política en la sociedad civil. La sociedad civil, afirma Gramsci, reabsorbe a la sociedad política cuando los conflictos entre las clases han dejado de existir. Es entonces que se ha realizado la sociedad regulada, la fase histórica encaminada a la extinción del Estado.

Resumiendo, la guerra de posición es una estrategia hegemónica de las clases y grupos subalternos, de largo alcance. Ello porque el desarrollo del capitalismo ha impulsado una complejización del Estado (Estado = sociedad política + sociedad civil, hegemonía revestida de coerción). Y por ende, las formas modernas de dominación se caracterizan por una combinación de la fuerza y el consenso, la dominación no sólo es coercitiva sino también política y cultural. De allí que la guerra de posición, en cuanto lucha popular contrahegemónica, se desenvuelva desde el ámbito de la sociedad civil.

La sociedad civil constituye el marco desde el cual el proletariado se produce como sujeto histórico y como clase nacional en el despliegue de una acción hegemónica. El contenido de ésta está constituido por una multiplicidad de organizaciones y prácticas, que suscitan la formación de una voluntad popular y una reforma intelectual y moral.

El proceso hegemónico implica momentos de lucha frontal (guerra de movimiento) y momentos de ruptura amplia (guerra de posición). En este sentido la guerra de posición es una estrategia antiparlamentarista y antieconomicista: un ordenador de las formas de lucha política articuladas en el proyecto revolucionario socialista.

**BIBLIOGRAFIA**

- ANDERSON, Perry. Las antinomias de Gramsci. Fontamara, España, 1981.
- ANDERSON, Perry. Consideraciones sobre el marxismo occidental. Siglo XXI, México, 1983.
- BADIOU, Alain, et al. Materialismo histórico y materialismo dialéctico. Siglo XXI, México, 1986.
- BOGGS, Carl. El marxismo de Gramsci. Premia, México, 1978.
- BUCI-Glucksmann, Christine, et al. Gramsci y la política. UNAM, México, 1980.
- BUCI-Glucksmann, Christine. Gramsci y el Estado. Siglo XXI, México, 1984.
- CERRONI, Umberto. Teoría política y socialismo. Ed. Era, México, 1979.
- CLAUDIN, Fernando, G. Vacca, etc. al. La crisis del capitalismo en los años 20. Siglo XXI, México.
- CORTES, Rodolfo. Gramsci en la definición del pensar contemporáneo. UNAM, México, 1983.
- COUTINHO, Carlos. Introducción a Gramsci. Ed. Era, México, 1985.
- DE GIOVANNI, Biagio, etc. al. Teoría marxista de la política. Siglo XXI, México, 1981.
- FIORI, Giuseppe. Vida de Antonio Gramsci. Península, España, 1976.
- GRAMSCI, Antonio. Consejos de fábrica y Estado de la clase obrera. Ed. Roca, - México, 1973.
- GRAMSCI, Antonio. Cuadernos de la cárcel, Vols., I, II, III, IV. Era, México, 1985.

- GRAMSCI, Antonio. El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce. Juan Pablos, México, 1975.
- GRAMSCI, Antonio. El Risorgimento. Juan Pablos, México, 1980.
- GRAMSCI, Antonio. Escritos políticos (1917-1933). Siglo XXI, México, 1981.
- GRAMSCI, Antonio. Literatura y vida nacional. Juan Pablos, México, 1976.
- GRAMSCI, Antonio. Los intelectuales y la organización de la cultura. Juan Pablos, México, 1975.
- GRAMSCI, Antonio. Notas sobre Maquiavelo. Juan Pablos, México, 1975.
- GRAMSCI, Antonio. Pasado y presente. Juan Pablos, México, 1977.
- GRAMSCI, Antonio. Pensamiento político (el partido). Ed. Roca, México, 1977.
- GRAMSCI, Antonio. Revolución Rusa y Unión Soviética. Ed. Roca, México, 1974.
- GRUPPI, Luciano. El concepto de hegemonía en Gramsci. Ediciones de Cultura Popular, México, 1978.
- GRUPPI, Luciano. El pensamiento de Lenin. Grijalbo, México, 1978.
- HOBSBAWM, Erick. El pensamiento revolucionario de Gramsci. UAP, México, 1984.
- HOBSBAWM, Erick, Portelli, et. al. Revolución y democracia en Gramsci. Fontamara, España, 1981.
- KANOUSI, Dora, et al. La revolución pasiva: una lectura de los cuadernos de la cárcel. UAP, México, 1985.
- KRIEGL, Annie. Las internacionales obreras. Ed. Roca, España, 1968.
- LABRIOLA, Antonio. En memoria del manifiesto comunista. Fontamara, España, 1979.

- LENIN, V. I. El Estado y la revolución. Progreso, Moscú, 1986.
- LENIN, V. I. El imperialismo, fase superior del capitalismo. Ediciones en lenguas extranjeras, China, 1975.
- LENIN, V. I. ¿Qué hacer?. Ediciones en lenguas extranjeras, China, 1975.
- LUXEMBURGO, Rosa. Huelga de masas, partido y sindicatos. Grijalbo, México, 1970.
- LUXEMBURGO, Rosa. Reforma o Revolución. Fontamara, España, 1975.
- MACHIOCCI, Ma. Antonieta. Gramsci y la revolución de Occidente. Siglo XXI, México, 1980.
- MARX, Carlos. Introducción general a la Crítica de la economía política/1857. Pasado y Presente, México, 1982.
- MARX, Carlos. La sagrada familia. Grijalbo, México, 1967.
- MARX, Carlos. Miseria de la filosofía. Ed. Progreso, URSS., 1979.
- NOVACK, George. Las tres primeras internaciones. Fontamara, España, 1978.
- PIÑON, Francisco. Prolegómenos: filosofía y política. Instituto Gramsci, México, 1986.
- PORTANTIERO, Juan Carlos. Los usos de Gramsci. Folios Ediciones, México, 1978.
- PORTELLI, Hughes. Gramsci y el Bloque histórico. Siglo XXI, México, 1974.
- PORTELLI, Hughes. Gramsci y la cuestión religiosa. Laia, España, 1970.
- ROSDOLSKY, R., et. al. Guerra y revolución. UAP, México, 1984.
- STONE, Norman. La Europa transformada (1878-1919). Siglo XXI, México, 1985.



VACCA, Giuseppe. Los intelectuales y el marxismo. UAS, México, 1983.

VRANICKI, Predag. Historia del marxismo. Vol. I, II. Ed. Sígueme, España, 1977.

WISKEMANN, Elizabeth. La Europa de los dictadores (1919-1945). Siglo XXI, México, 1983.